

MARES ESPACIALES

CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

MARES ESPACIALES

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona Buenos Aires

Portada: C. PRUNÉS

Primera edición: noviembre 1972

Depósito Legal: B.-42.787 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - **Barcelona**

CAPÍTULO PRIMERO

Con claro gesto de fastidio, Kevin Krinz introdujo un disco en la ranura de la máquina. Una luz verde se encendió a continuación.

Kevin dijo algo a la dictógrafa. El aparato registró su petición.

Una tarjeta metálica salió por otra ranura. Kevin se la echó al bolsillo de su traje de «eternlastic», giró sobre sus talones y salió a la calle.

Un poco más allá, encontró una cabina vacía. Era de forma cilíndrica y material transparente, también de «eternlastic», aunque de una composición peculiar que le infundía una rigidez semejante a la del vidrio.

Entró en la cabina. La puerta se cerró automáticamente.

Un ojo electrónico parpadeó en la parte superior. Kevin enseñó la tarjeta.

Se oyó un chirrido. Luego un leve zumbido.

La calle, la gente, todo cuanto le rodeaba, desapareció en el acto. Segundos más tarde, Kevin se encontraba en la puerta de su domicilio, a docenas de kilómetros del lugar que acababa de abandonar.

Salió de la cabina y la dejó en el mismo sitio. Otro la utilizaría muy pronto, apenas tuviese necesidad de desplazarse a un lugar distinto de la Gran Capital.

Sobre el bolsillo izquierdo superior de su traje, Kevin llevaba una tarjeta con su nombre, número, profesión y residencia. Entró en la casa y se dirigió al ascensor.

El ojo electrónico del ascensor identificó su placa. El aparato se puso en marcha inmediatamente y se detuvo en el nivel adecuado.

Kevin entró en su departamento; era el de un soltero y, por

tanto, constaba solamente de dos piezas: sala-comedor-dormitorio y baño. Por fortuna, la sala tenía cierta amplitud.

Disponía de varios muebles, uno de los cuales se convertía en cama llegado el momento adecuado. Había también dos sillones y una mesa, además de un par de taburetes de diseño atrevido y vivos colores.

— En medio de todo, los Directores quieren evitarnos la monotonía en la vida —se dijo, no sin cierta amargura.

Había también un videófono de buen tamaño, con teclado incorporado, para caso de comunicaciones escritas, y una pantalla de televisión, con selector de programas de todas clases. Por supuesto, no faltaba la dispensadora de alimentos.

Kevin programó una sencilla cena, disponiéndola para treinta minutos más tarde. Se quitó el traje y pasó al cuarto de baño.

Media hora después, vestido con una holgada blusa y unos pantalones cortos, se sentó a cenar. El expulsor de desperdicios se encargó de llevarse los platos y los cubiertos, así como los restos de comida.

Pero no se desperdiciaría nada: los selectores apartarían platos y cubiertos, refundiéndolos de nuevo para fabricar más platos y más cubiertos. En cuanto a los restos de comida, serían desmenuzados, triturados, sometidos a un proceso de conservación y volverían a Dios sabía qué otra dispensadora de comida, convertidos en tabletas alimenticias.

Kevin procuró no pensar en que tal vez había ingerido los desperdicios de una veintena de congéneres. Tenía algo más importante que hacer.

Agarró uno de los taburetes y se sentó ante el videófono. Meditó durante unos segundos antes de decidirse a aporrear el teclado.

Escribió:

Nombre: Kevin Krinz.

Número: 00L-KY-7225-4a.
Profesión: Astrónomo, Astronauta e Ingeniero.
Motivos de la comunicación:
Información sobre Viajes Espaciales.
Mensaje dirigido al:
Funcionario Competente de Viajes Espaciales.
Fin del mensaje.

Luego, Kevin se sentó ante el televisor y se dispuso a contemplar una antigua película que narraba una aventura de ciencia-ficción.

La película había sido impresionada en el siglo XXII y contenía una serie de barbaridades que habrían escandalizado a los sabios del siglo XXV, que era cuando se suponía transcurría la acción.

Kevin vivía en el siglo XXXIX, pero se divirtió muchísimo.

Poco después, una lámpara centelleó en el videófono.

Kevin se apresuró a leer la respuesta. Era:

SU MENSAJE TIENE EL NÚMERO 51-U-9315.
OPORTUNAMENTE RECIBIRÁ
LA RESPUESTA ADECUADA.

— A ver cuándo me dan esa respuesta —se dijo Kevin, volviendo de nuevo a la contemplación de la película.

* * *

La respuesta llegó a la mañana siguiente:

RESPUESTA AL MENSAJE 51-U-9315:
PETICIÓN DENEGADA.

Kevin lanzó una palabrota. No la había aprendido en el trato con

la gente, sino en la televisión.

Pero aquella respuesta poco alentadora no le desanimó en absoluto. Kevin escribió, después de los preámbulos de rigor:

DESEO QUE MI PETICIÓN SEA ESTUDIADA POR EL
2.° ANTEDIRECTOR AL QUE CORRESPONDA LA
DECISIÓN SOBRE LA MISMA.

AI otro día recibió una nueva respuesta:

EL 2.° ANTEDIRECTOR, M. DONNER, LE RECIBIRÁ
PERSONALMENTE, HOY A LAS 14,30.
PRESENTE DOCUMENTACIÓN PERSONAL Y CITE
NÚMERO ORDEN SU MENSAJE.

— ¡Estupendo! —exclamó Kevin—. Ahora veremos a ver si ese Antedirector se atreve a rechazar de palabra mi petición.

* * *

El 2.° Antedirector, M. Donner, poseía una elevada estatura y un tipo elegante. Kevin le calculó de veinticinco a veintiséis años, lo que le dijo de la notable inteligencia de la mujer que tenía frente a sí para haber alcanzado, pese a su juventud, un cargo tan elevado.

Casi lo que más le gustó fue el pelo, muy negro y tirante, recogido en la nuca por un severo moño, cuidadosamente peinado. Los ojos eran también muy bonitos, de un color entre gris y verde realmente atractivo.

— Me llamo María Donner —se presentó el *2.°* Antedirector—. Siéntese, por favor, señor Krinz.

— Gracias, señorita... *¿O* debo

llamarla señora?

—Soy soltera —respondió ella. Tomó una carpeta de la mesa y la abrió con gestos enteramente naturales—. Su petición me ha sorprendido, a decir verdad.

—Fue rechazada, en primera instancia, por la computadora —declaró Kevin—. Entonces, y simplemente, hice uso de los derechos que me confieren las leyes vigentes.

—Nada más justo —aprobó María—. En su expediente se dice que es usted astrónomo, astronauta e ingeniero.

—Sí, señorita Donner.

—¿Por qué quiere hacer un viaje espacial?

—Yo no he dicho que quiera…

—Nadie pide información sobre una materia de tanta importancia, a menos que tenga el propósito de hacer uso teórico y práctico de dicha información.

—Por tanto, usted deduce que yo quiero emprender un viaje espacial.

—¿Me equivoco, ingeniero Krinz?

Kevin sonrió levemente.

—Acierta, señorita Donner —contestó.

María cerró de golpe la carpeta. Luego puso los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos de sus manos y miró fijamente al solicitante.

—Lo siento —dijo—. Me veo en la obligación de rechazar su petición.

Kevin procuró mantener la calma.

—Le recuerdo, señorita Donner, que me queda el recurso, concedido por la ley, de apelar a una autoridad superior a la suya —manifestó.

—Puede ejercitar ese derecho —admitió María calmosamente—. Pero dudo mucho de que haya un Primer Antedirector que acceda a lo que usted ha solicitado.

—Si obtengo una nueva negativa, haré una nueva apelación, en grado máximo y definitivo. Usted puede imaginarse a quién habré de apelar.

Ella enarcó las cejas.

—¿Sería capaz de hacerlo? —se asombró.

—Puede estar absolutamente segura de ello, señorita —dijo Kevin firmemente—. Es más, solicito una negativa oficial, por escrito.

—¿Por qué?

—Los documentos se van acumulando en mi expediente. Habré de insertar su respuesta en mi videófono.

—Muy bien, está en su derecho.

María presionó una tecla y tomó un micrófono. Con los documentos de la carpeta delante de sí nuevamente, habló durante algunos minutos.

Algo chasqueó en una máquina adosada a la mesa. Una tarjeta salió por una ranura y María la tomó y la entregó a su visitante.

—Mi respuesta, oficial y por escrito —dijo.

Kevin comprendió que la entrevista había terminado y se puso en pie.

—Le doy las gracias por su gentileza, señorita Donner —sonrió.

—Es mi deber —contestó ella—. Pero me gustaría hacerle una advertencia.

—¿Sí?

—Hasta donde llega mi memoria, no tengo noticia de que un Primer Director haya concedido jamás una audiencia personal a ningún solicitante, cualquiera que sea el motivo que le impulsara a tal petición.

—Muy bien. A mi vez, yo le diré otra cosa, señorita Donner.

—Le escucho, ingeniero Krinz.

—¿Sabe? Su negativa me ha sabido menos dura, porque viene de labios de una mujer hermosa.

María se sofocó vivamente al oír aquellas palabras. Pero no pudo decir nada, porque su visitante salía ya del despacho.

CAPÍTULO II

Acababa de levantarse al día siguiente, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Kevin se pasó una mano por los revueltos cabellos y abrió. La figura, cuadrada y maciza, de un hombre de unos cuarenta años, apareció ante sus ojos en el acto.

El sujeto vestía un traje de color gris acero, con tres círculos dorados en las hombreras del uniforme. Pendiente de su costado derecho se veía la funda negra de un arma portátil.

— Soy el capitán Awtur Tsol —se presentó—. Deseo hablar con usted, ingeniero Krinz.

Kevin se echó a un lado.

— Entre, capitán —invitó—. Acabo de levantarme y le ruego dispense el aspecto de la sala. Todavía no he tenido tiempo de ordenarla…

— No se preocupe —sonrió Tsol—. Es un detalle sin importancia.

— Puedo ordenar un café a la máquina, capitán.

— Ya he tomado, muchas gracias.

Tsol parecía muy cortés, pero a Kevin le pareció captar una nota de dureza en su apariencia.

— Bien, ¿en qué puedo servirle, capitán?

— Deseo hacerle unas preguntas. Es una misión que me ha encomendado el Antedirector de

Primera Clase, encargado de la Seguridad Planetaria.

—Ah, ya entiendo —dijo Kevin—. Empiece cuando guste, capitán.

—Gracias, señor. En primer lugar, hablaremos de sus títulos profesionales. ¿Son legales?

Kevin sonrió.

—¿Quiere que le enseñe los diplomas, capitán? —sugirió.

—Creo en su palabra, ingeniero. ¿Dónde estudió Astronomía?

—En la Universidad Videofónica del Canal Cincuenta y Dos. Aprobé los estudios con nota máxima.

—Un bonito historial académico. Astrónomos hay muchos, en efecto, pero lo que me extraña es encontrar un astronauta.

—La U-V del Canal Ciento Dos programó un curso completo. Yo lo realicé y recibí igualmente mi diploma, con calificación sobresaliente.

—Me admira usted, señor Krinz —dijo Tsol—. Y después de todo esto, se hizo ingeniero.

—No, lo era ya cuando realicé los cursos mencionados.

—Ah, entiendo. Pero ahora no trabaja.

—No.

—¿Por qué?

—Las benignas leyes sumamente del Grupo Directoral nos permiten el paro voluntario.

—Es cierto, pero ello significa restar esfuerzos y cooperación a la comunidad.

Kevin se encogió de hombros.

—Estoy dentro de la ley —dijo.

—Sí, consumiendo sin producir.

El joven empezó a irritarse.

—¿Acaso soy el único? —preguntó.

—No, no es el único en para voluntario, aunque sí el único en desear hacer un viaje por el espacio.

—Capitán, en mi petición no hay nada que esté en contra de lo instituido por las leyes. Demuéstreme que he hecho algo ilegal y me someteré a las sanciones correspondientes.

—Efectivamente, todo lo que ha hecho usted es legal. No obstante, yo le ruego que se olvide de su petición.

—¿Puedo conocer los motivos, capitán? —preguntó.

—Me han encargado le transmita ese ruego, señor —dijo Tsol, impasible.

—¿Quién?

—Ya le he dicho el nombre de la

persona que me ha enviado a visitarle. Atienda ese ruego, es un consejo amistoso.

«La amenaza apenas es velada», pensó Kevin.

—Sí —dijo con voz neutra.

Tsol se marchó. Pero apenas se hubo quedado solo, Kevin corrió hacia el videófono y tecleó un mensaje:

> CONFORME A LO REGULADO POR LAS LEYES, SOLICITO SER RECIBIDO POR UN 1.er ANTEDIRECTOR. OBJETO, RESOLVER PETICIÓN CONTENIDA EN MI MENSAJE 51-U-9315.

Kevin pasó esperando la respuesta toda la mañana y buena parte de la tarde. Tuvo tiempo de entretenerse leyendo un libro televisado, contemplando un programa científico y otro de chicas ligeras de ropa, y hasta de desesperarse, viendo que no llegaba la respuesta a su petición.

Por último, y cuando ya empezaba a pensar en que su solicitud se había extraviado en algún recóndito circuito de Dios sabía qué computadora, llegó la contestación tan ansiada:

> PRESÉNTESE MAÑANA 0900 HORAS A 1.erANTEDIRECTOR OBRAS DISTRACCIÓN OCIO ANBUS MOYL, QUIEN RESOLVERÁ SU PETICIÓN CONTENIDA EN MENSAJE 51-U-9315.

—A ver qué tal se porta ese Moyl —se dijo

Kevin, un poco receloso porque lo enviaban nada menos que al Antedirector encargado de proporcionar diversión a la población del planeta.

Pronto saldría de dudas. La entrevista tendría lugar dentro de poco más de veinticuatro horas.

* * *

El 1.er Antedirector, Anbus Moyl, era un sujeto cincuentón, de calva rosada y expresión bonachona y acogedora. Vestía con aparente descuido una flotante túnica de color blancor rosáceo, cuya elegancia no tenía otro motivo que esconder su prominente barriga. Recibió al joven con visible placer, estrechándole la mano con las dos suyas, muy efusivo, y luego, además de indicarle un sillón, le preguntó si quería beber algo.

— Raras veces tomo alcohol, señor —dijo Kevin.

Moyl se echó a reír.

— Pero ¡qué austero! Hombre, si una copita de cuando en cuando no hace mal a nadie. Yo, no es que abuse, claro, ni mucho menos, pero el vino contribuye a hacer más grata la existencia. En cantidades moderadas, supuesto; un par de vasitos en las comidas… alguno que otro en actos sociales… Ahora, por ejemplo, usted y yo nos vamos a tomar un vasito de un vino tinto fantástico. Sintetizado del siglo XX… Naturalmente, ya no quedan vinos legítimos de aquella época, pero el que le voy a ofrecer tendrá el mismo color, aroma que si se hubiese embotellado veintidós

años antes. Los expertos dicen que la edad ideal del vino debe ser siempre superior a los veinte años… Como las mujeres, claro…

Moyl le guiñó un ojo. Mientras charlaba tan volublemente, había tocado un timbre de su mesa de despacho. A poco, la puerta se abrió y una hermosa rubia, vestida con una ínfima cantidad de tejido, entró en el despacho.

— Mi secretaria, Ada Quex —presentó Moyl—. Ada, te presento al ingeniero Krinz.

Kevin se levantó e hizo una exclamación de cabeza. Ada le dirigió un guiño muy sugerente.

— Hermosa, por favor, sírvenos dos copas de buen tinto de mi reserva particular —solicitó el parlanchín Moyl—. Quiero obsequiar como se merece a mi buen amigo Krinz.

— Sí, señor, al momento —contestó ella, sin dejar de mirar al visitante de una manera incendiaria.

Ada se dirigió a una mesita auxiliar y destapó un frasco de vidrio tallado, parte de cuyo contenido vertió en dos copas. Llevó la bandeja a Moyl y luego se acercó al joven, inclinándose con exageración, a fin de hacer una deliberada exhibición de sus pródigos encantos anatómicos.

— Cuando salgas —susurró la rubia—, te daré mi número videofónico.

Kevin no dijo nada. Ella se alejó con gran contoneo de caderas y, tras volver la bandeja a su sitio, salió, despidiéndose del joven con otro guiño seductor.

— Bonita muchacha. Y muy eficiente

en su trabajo —dijo Moyl—. Yo la aprecio mucho, se lo merece todo.

—Sí, señor —contestó Kevin secamente.

—¿Qué le parece el vino, ingeniero?

—Muy bueno, señor. Pero he venido a hablar aquí de…

—Sí, sí, ya lo sé. Hombre, precisamente estos días se ha producido una vacante en mi departamento. Necesito un ingeniero competente en comunicaciones. Hace algún tiempo que se vienen registrando quejas sobre las transmisiones de programas recreativos. En alguna parte hay un fallo y… Bueno, ese ingeniero tendría a su cargo una de las redes de distribución de programas… Eso lleva consigo la adjudicación de un departamento de cuatro habitaciones y dispensadora de alimentos con selector de comida natural dos veces por semana. Naturalmente, el designado podría seleccionar su propio personal colaborador, sin límites…

Kevin apretó los labios. La tentación era demasiado patente para no captarla al primer golpe de vista.

—Con el debido respeto, señor, temo que no es ése el tema de mi

audiencia —dijo.

—Bueno, yo sólo quería ayudarle…

—Hice una petición, señor Antedirector —habló el joven rígidamente—. Espero una respuesta.

Moyl había dejado de sonreír. Incluso parecía muy turbado.

—Bueno, yo… Muchacho, aún no me ha dicho nada de la oferta que acabo de hacerle…

—Resuelva sobre mi petición, señor, se lo ruego —insistió Kevin.

Moyl parecía a punto de echarse a llorar.

—Ingeniero… Yo lo lamento, pero me veo obligado a… a rechazar su solicitud.

Kevin no se inmutó. En realidad, le hubiera asombrado recibir una respuesta afirmativa.

—También yo lamento una cosa, señor —dijo.

—¿Qué es, muchacho?

—En vista de su negativa, tendré que hacer una Apelación Máxima.

A Kevin le pareció que Moyl iba a desmayarse.

—¿Va… a apelar a… a los Directores?

—Sí.

—¡Pero eso no se ha hecho nunca! —clamó Moyl.

—Alguien tenía que ser el primero. La ley está de mi parte. ¿O es que debo considerarla solamente papel

mojado?

—Mu… muy bien. Pero también olvida usted, creo, un apartado de la ley que invoca.

—Dígame cuál es, señor.

—Si alguien solicita una Apelación Máxima, los Antedirectores deben reunirse en junta y resolver, por votación, si tal apelación es o no procedente —declaró Moyl muy serio.

Kevin se puso en pie.

—Estoy dispuesto a acatar plenamente las leyes, pero también a disfrutar de todos los derechos que éstas me conceden —dijo.

CAPÍTULO III

El zumbador de la puerta sonó suavemente. Kevin desconectó el televisor, en donde proyectaban un filme científico, y se levantó a abrir.

Ada estaba en el umbral, sonriendo de un modo hechicero. Su cuerpo de curvas suntuosas, apenas estaba velado por un monopieza transparente en casi todos los puntos que debía cubrir. En la mano llevaba un elegante bolso, que parecía bastante pesado.

—Hola —dijo, con voz plena de insinuaciones—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. Entre, Ada.

—Por favor, de tú, Kevin —rogó ella dulcemente—. Ninguno de los dos somos unos vejestorios, creo yo.

Ada se detuvo en el centro de la sala, con una mano apoyada en la cadera y la cara lánguidamente vuelta hacia él.

—He venido porque tú no te has dignado llamarme, a pesar de que te di mi número videofónico —manifestó—. Anda, trae dos copas; aquí, en este bolso, tengo una botella del vino que tanto le gusta a mi jefe. Nos la beberemos juntos, si te parece.

Kevin la miraba con fijeza. Ada pareció desconcertarse.

—¿Qué te sucede? ¿Te molesta mi visita? —preguntó.

—No, no; en absoluto —contestó él

—. Ahora traeré las copas.

Estaban en una consola cercana. Al volverse, Ada le echó los brazos al cuello.

—Me gustas —susurró cálidamente—. Eres tan alto, tan fuerte… No eres como uno de esos alfeñiques que se ven por todas partes…

—Hago mucho ejercicio —dijo él con sequedad—. No me gusta que se me atrofien los músculos.

—¡Oh, qué interesante! —Ada frotaba su cuerpo contra el del joven—. ¿No te gusto? —preguntó.

—Eres muy hermosa, sí, pero…

Los labios de la joven se entreabrieron en una muda invitación. Por un momento, Kevin sintió el vértigo de la pasión.

«Es lo que ellos quieren», pensó.

Pero antes de que pudiera tomar una decisión, se abrió la puerta. Alguien entró y lanzó una exclamación de sorpresa:

—Oh, dispensen, no sabía que… La puerta estaba entreabierta…

Por encima del hombro de Ada, Kevin miró a la mujer que acababa de entrar. Enormemente asombrado, reconoció a la Antedirectora María Donner.

* * *

Ada se separó vivamente.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó con voz chillona.

Kevin fue a decir algo, pero se le anticipó la recién llegada.

—María Donner, Antedirectora de

segunda clase —se presentó secamente.

Los ojos de Ada fulguraron de rabia.

—En ese caso, supongo que aquí estoy de más —dijo.

—Exactamente — corroboró María sin inmutarse.

Ada agarró su bolso de un manotazo.

—Quédese con él, señora —exclamó con desprecio—. Tanto daría tener al lado a un bloque de hielo.

El portazo que dio al salir hizo estremecer las paredes. Kevin sonrió.

—¡Vaya un genio! —comentó jovialmente.

—Lamento haber llegado en un momento tan crítico —se disculpó María—. De haberlo sabido, hubiera venido en otro momento.

—No se preocupe. La visita de Ada forma parte de un plan… en cuya elaboración tal vez usted haya tomado parte, señorita Donner.

—No entiendo —dijo.

—Usted denegó mi petición. Apelé a un Primer Antedirector y me recibió Anbus Moyl, quien me ofreció un magnífico empleo, además de presentarme a Ada, su digamos secretaria. Ada me invitó a llamarla por videófono, supongo que para entablar relación. Como

no lo hice, ella ha venido a visitarme.

— De modo que ése es el plan —murmuró María, muy pensativa.

— Sí. En otros tiempos me hubieran ofrecido dinero. Ahora, como no existe, tratan de sobornarme con un buen cargo y una hermosa mujer, además de un magnífico habitáculo con todos los lujos imaginables.

— Rechazaron su petición apelada.

— En efecto, así fue.

— ¿Qué hizo entonces?

— Formulé una Apelación Máxima.

— Sí, ya anunció que lo haría —dijo ella—. ¿Qué le contestó el Primer Antedirector que le recibió?

— Dijo que convocaría una reunión de Primeros Antedirectores, a fin de resolver, por votos,, mi Apelación Máxima. Lo cual, he consultado los códigos, es ilegal, a pesar de lo que haya podido decir Anbus Moyl.

— ¿Está seguro de ello, ingeniero? —preguntó María.

— ¿Por qué dice eso? —se extrañó Kevin.

— Conecte el televisor, se lo ruego. Marque «Reproducción del último noticiario».

Kevin hizo lo que la joven le indicaba. A los pocos momentos, la figura de una hermosa locutora en la pantalla.

—Comunicamos a nuestro auditorio la promulgación de una nueva ley, sancionada por la Junta de Directores —recitó la locutora—. A partir de este momento, toda Apelación Máxima habrá de ser resuelta mediante reunión de la Junta de Primeros Antedirectores, los cuales, por votación no nominal, secreta y mayoría absoluta, acordarán la procedencia o improcedencia de tal Apelación Máxima.

* * *

—¡Buena jugada! —resopló Kevin, mientras descorchaba la botella que Ada había abandonado en el departamento.

—Ya le dije que no conseguiría sus propósitos —sonrió María.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no quieren que yo haga un viaje espacial? —dijo él, exasperado.

—¿Y por qué quiere usted hacer ese viaje, ingeniero?

—Mis motivos son muy complejos o, al menos, yo los estimo así —contestó Kevin—. Tome un trago,

señorita Donner.

—Gracias —sonrió María—. ¿Le gustaría viajar por el espacio?

—No lo dude.

—Pero no hay astronaves. ¿Dónde conseguiría usted una? ¿Le concederían los materiales necesarios para construirla?

Kevin sonrió sibilinamente.

—Ése es un problema que resolveré en el momento adecuado —respondió.

—No me aclara usted mucho… —se quejó María.

Él la miró fijamente.

—¿Por qué ha venido usted aquí? —preguntó—. Ocupa un cargo de relieve, en tanto que yo soy un simple ciudadano…

—Su petición me inspiró una terrible curiosidad, ingeniero.

—No me diga que nadie, antes de ahora, ha solicitado hacer un viaje espacial.

—A mi mesa no había llegado jamás una petición semejante. Ni tengo memoria de que se haya hecho desde muchos años antes. A menos que…

—¿Sí? —dijo Kevin, en vista de la interrupción que ella misma hacía en sus palabras.

— A menos que las peticiones anteriores hayan sido destruidas, en lugar de ser archivadas.

— Todo podría ser —convino él—. Pero usted no está aquí por simple curiosidad, aunque sí sea uno de los motivos de su visita.

— Tiene razón —admitió María—. Además de la curiosidad, he venido para hacerle una advertencia.

— ¿Por propia iniciativa o encomendada por alguien superior a usted?

— La iniciativa es personal —confesó ella—. Pero sé que podría sufrir graves perjuicios si insistiera en su petición.

Kevin frunció el ceño.

— ¿Qué clase de perjuicios, por favor? —inquirió.

— Se lo ruego, no me obligue a hablar —dijo

María, muy nerviosa—. Desista de su empeño, ingeniero.

— ¿Es una petición personal?

— Sí.

— ¿Motivos?

María parecía terriblemente alterada.

— Lo siento, no puedo hablar —insistió en su negativa.

Kevin se encogió de hombros.

— Le agradezco su actitud, pero no

puedo seguir sus consejos —contestó.

—Muy bien, pero, créame, no conseguirá nada.

—Un momento —exclamó él—. Aparte de que yo agradezca su visita y sus buenas intenciones, quiero hacerle una pregunta.

—Dígame, ingeniero.

—¿Ha visto usted alguna película del género llamado ciencia-ficción?

—Lo siento, es un tema que no me atrae en absoluto.

Kevin sonrió. Tomó a la joven por un brazo y la hizo sentarse en el diván.

Luego se acercó al televisor y manejó el selector de programas. Al terminar, fue al diván y se sentó junto a María.

Unos segundos después, se iluminó la pantalla.

—Ahora verá algo verdaderamente emocionante —dijo él.

Pero lo que salió en la pantalla fue un rótulo sorprendente:

Por orden de la primera antedirección de programas recreativos, quedan cancelados todos los referentes al género de ciencia-ficción.

María soltó una risa histérica.

—¿Lo ve? —dijo—. No quieren que haga usted ese viaje espacial.

—¿Por qué? —clamó Kevin, al borde de la desesperación—. ¿Qué mal puedo causar al planeta con un viaje a otros mundos habitados?

Ella se puso en pie.

—Lo ignoro —manifestó—. Ni yo misma lo sé, aunque sí le pido encarecidamente que abandone sus propósitos.

Kevin la acompañó hasta la puerta.

—Aquí hay algo turbio. Ni siquiera dan explicaciones de la negativa —dijo—. Esto no es justo y yo tengo derecho a recibir cuantos beneficios me concedan las leyes, porque para ello cumplo estrictamente mis deberes. Y, hasta ahora, no he encontrado, en ningún código, nada en contra de los viajes espaciales.

—Parece que conoce usted muy bien las leyes. ¿Ha estudiado Derecho, acaso?

—En los últimos tiempos y, aunque de una forma privada, he repasado la mayor parte de las leyes. Pero me temo que aún desconozco algunas y pienso estudiar a fondo todos los códigos.

CAPÍTULO IV

—El videófono, en un mensaje escrito, le informó que la reunión del Primer Antedirectorio se celebraría dentro de tres días y que su resolución le sería comunicada oportunamente.

Antes de que pudiera formular la menor objeción, llamaron a la puerta.

Era el capitán Tsol.

Los dos hombres se estudiaron críticamente unos momentos. Luego, Tsol dijo:

—Ingeniero, he venido a traerle una noticia.

Kevin se apartó a un lado.

—Ya la conozco. Acabo de ser informado por un mensaje videofónico, pero escrito.

—En tal caso, ya sabe que la reunión de los Primeros Antedirectores se celebrará el próximo viernes.

—Sí, pero no me diga que usted ya conoce de antemano el resultado de la votación…

Tsol sonrió ligeramente.

—Quizá —contestó—. Oiga, ingeniero, ¿por qué no se olvida de su idea?

—¿Desea una respuesta sincera, capitán?

—Se lo suplico.

—Porque no me da la gana.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Tsol se achicaron.

En su lugar, yo olvidaría ese proyecto —insinuó.

—Yo no me llamo Tsol. Por lo tanto, seguiré adelante.

—La votación será negativa, ingeniero.

—¡Hum! Parece que está decidido ya ese resultado, ¿no es así?

—Hablando claramente, así es —confirmó el capitán Tsol—. Se le ofreció un magnífico cargo. No quiero mencionar a la mujer; quizá no le gustó, a pesar de que Ada es muy hermosa. Pero acepte el cargo. Sea sensato, Krinz.

—Capitán, yo me imagino que alguien le ha enviado para tratar de disuadirme de mi idea. Como respuesta, tengo que decirle algo muy interesante.

—¿Sí? ¿Qué es, ingeniero?

—Todo ciudadano que cumple estrictamente sus deberes tiene derecho a ser amparado por la ley en cuanto ésta le conceda un beneficio, por mínimo que sea. ¿Cierto?

—Rigurosamente cierto, y todo el

mundo, me refiero a los que pertenecemos a Seguridad, nos encargamos de que sea así —admitió Tsol.

—Muy bien —dijo Kevin—. En tal caso, le hago saber que, de acuerdo con la ley, tengo derecho a estar presente en la Junta de Primeros Antedirectores que han de resolver sobre mi Apelación Máxima.

Tsol abrió la boca, estupefacto.

Kevin sonreía complacido.

—La ley lo prescribe así, capitán —dijo—.

Usted, que tiene como misión vigilar el cumplimiento de las leyes, debiera saberlo mejor que nadie.

—Pero…

—Si la Junta de Primeros Antedirectores se negase a mi petición, en tal caso, yo presentaría una demanda contra ellos a un Antedirector de Segunda Clase, el cual no podría negarse a aceptarla y la pasaría, directamente, a un Director. ¿Sabe lo que ocurriría en el caso de que la Junta se negase a mi presencia durante la votación?

—Usted está muy bien enterado de las leyes —gruñó Tsol—. Dígalo, ingeniero.

—Podría haber una remoción general

en el Antedirectorio. Hablando más claro: saltarían todos de sus puestos. Por tanto, dentro de tres días, yo estaré presente en esa Junta, capitán, téngalo por seguro.

* * *

— Esta Junta de Primeros Antedirectores se ha reunido con un motivo ilegal.

Las palabras de Kevin cayeron como una bomba en la espaciosa sala donde se celebraba la reunión.

Treinta y un rostros le contemplaron estupefactos. Moyl no era el menos asombrado de los Primeros Antedirectores.

Había otro que, después de la estupefacción, sintió cólera.

Era Radd Vólamy, Primer Antedirector de Seguridad. Kevin le contempló de reojo. Era un sujeto alto, de pómulos salientes y ojos con brillo de puñal asesino.

La presidencia de las reuniones se otorgaba por tumo. El presidente dirigió a Kevin una mirada inquisitiva.

— Espero que el solicitante pueda justificar tan osadas palabras —dijo.

— Yo las calificaría mejor de irrespetuosas intervino uno de los presentes.

— Mi honorable colega Mubri se ha quedado corto en la calificación de las frases del solicitante

— dijo Vólamy sarcásticamente—. Por respeto a los aquí reunidos, me

abstengo de calificar cuanto acabamos de escuchar de labios del ingeniero Krinz.

Le apuntó con un dedo.

—Pero sí tendrá que probar lo que ha dicho o, de lo contrario, deberá someterse a la sanción prevista por las leyes a las que tanto manifiesta respetar —añadió con voz tenante.

—El capitán Tsol le tiene a usted muy bien informado, a lo que parece —dijo Kevin con aguda ironía.

—Señores, por favor —rogó el presidente—, no estamos aquí para resolver problemas personales, sino para atender una petición del ingeniero Kevin y concederla o no, según el leal parecer de cada uno de los congregados.

—El ingeniero Kevin ha presentado una Apelación Máxima. La ley está clara al respecto —dijo Moyl.

«Eres un títere de otros», pensó Kevin, al mirar un instante al gordo.

—Debemos proceder a la votación sobre la solicitud del ingeniero Krinz —habló otro Antedirector—. No perdamos más tiempo.

—Si lo hacen, cometerán infracción de ley —dijo Kevin, sin perder la serenidad en absoluto.

Hubo una considerable serie de murmullos. Algunos protestaron enérgicamente. Se oyeron palabras gruesas.

Kevin seguía en pie, impasible, aunque divertido interiormente por el espectáculo que presenciaba. Otro de los que no parecían muy afectados por el tumulto era Vólamy.

«El más peligroso de todos», se dijo el joven.

Las voces se acallaron al fin. El presidente consiguió imponer el orden.

—¿Somos personas civilizadas o canes hambrientos que se disputan un hueso? —exclamó de mal humor.

Algunos rieron. La tensión se relajó un tanto.

—Bien, ingeniero —pidió el presidente—, y ahora diga de una vez por qué considera ilegal esta reunión.

—Muy sencillo. Yo he presentado una Apelación Máxima…

—Y la ley dice que su petición debe resolverse en Junta de Primeros Antedirectores, por votación secreta, nominal y de resultado mayoritario, favorable o adverso —le interrumpió Vólamy.

—¿Decía eso la ley cuando yo presenté mi Apelación Máxima por primera vez?

* * *

Un profundo silencio se abatió sobre la sala. Algunos de los

reunidos cambiaron entre sí miradas de consternación.

—He consultado bien los códigos —siguió Kevin, en medio de un ambiente en el que hubiera podido oírse perfectamente el vuelo de una mosca—. Todos dicen lo mismo; ninguna ley podrá tener efectos retroactivos. A partir de ahora, sí, cualquiera que presente una Apelación Máxima, deberá atenerse a una votación de esta Junta. Pero no el que la haya formulado antes de la promulgación de dicha ley. Y ése es mi caso, señores Primeros Antedirectores.

El silencio continuó todavía unos instantes.

Moyl fue el primero en romperlo:

—Señor Krinz —preguntó—, ¿usted ha estudiado para ingeniero o para abogado?

—Y, además, soy astrónomo y astronauta —le respondió el joven, imperturbable.

El presidente carraspeó.

—La solicitud del ingeniero Krinz es aprobada. En su día se le comunicará la fecha, la hora y el lugar en que podrá presentar personalmente su Apelación Máxima.

Kevin se inclinó.

—Gracias por todo, señor —dijo—. Nada podría complacerme más que comprobar que, quienes están encargados de velar por las leyes, son los primeros en acatarlas.

—Puede retirarse, ingeniero —indicó el presidente.

—Sí, señor.

Vólamy lo alcanzó en la antesala.

—Señor Krinz —llamó.

El joven se volvió.

—¿Sí?

—Es usted un hombre afortunado. Podrá entrevistarse con un Director.

—Sólo pido algo que, teóricamente al menos, tengo concedido por la ley, señor —contestó el ingeniero.

—Es cierto, pero le diré otra cosa, y eso, tal vez, le explicará por qué le llamo hombre afortunado. Llevo muchos años en este cargo y, espero, seguiré en el mismo hasta la hora de mi retiro. Hasta ahora, ni yo mismo he podido ver a ninguno de los Directores.

—¿Son espíritus, acaso? —preguntó el joven con impertinencia.

—Son seres de carne y hueso que, simplemente, delegan en nosotros la mayoría de las funciones de gobierno. Pero su solicitud no les

va a gustar, créame.

— Señor, creo recordar que fueron ellos quienes establecieron el procedimiento de Apelación Máxima.

— No me refiero a eso, sino a su petición de viajes espaciales, ingeniero.

Kevin se echó a reír.

— Si usted no ha visto jamás a un Director, ¿cómo puede saber lo que les gusta y lo que no les gusta? —exclamó irónicamente.

— Pero tengo frecuente comunicación con ellos. No hace falta ver a una persona, en tales condiciones, para conocer sus preferencias.

— Señor, una vez más he de decirle que el derecho a los viajes espaciales está reconocido por la ley. Que guste o no guste al Gobierno, que lo autoricen o no, es ya un tema diferente. Pero, hasta ahora, no ha sido promulgada una ley que derogue la citada. Y aunque así fuera, estaríamos de nuevo en un caso similar al que acaba de debatirse: esa ley no tendría efectos retroactivos con respecto a mi petición.

Vólamy hizo un gesto de asentimiento.

— Es usted un argumentista muy

hábil —calificó—. Pero más le hubiera valido no concebir siquiera esa disparada idea.

CAPÍTULO V

—Lamento ser sincera, pero yo también pienso como Vólamy —dijo María Donner.

Kevin se paseaba por su sala como león enjaulado. Ella, sentada, le contemplaba atentamente.

—Llevamos ya ocho días y todavía no he recibido respuesta —masculló el joven.

—Ya llegará. Usted formuló una petición y los Directores la atenderán —aseguró María—. Pero ello no impedirá que siga de acuerdo con Vólamy.

Kevin detuvo sus paseos y la miró fijamente.

—¿Qué representa ese hombre para usted? —preguntó.

El esbelto pecho de la joven se agitó con acelerada respiración.

—Nada. Al menos, en el sentido que usted se figura —contestó.

—Entonces, ¿por qué está de acuerdo con él?

—Quiero evitarle…

Una campanilla tintineó en aquel momento, al mismo tiempo que la lucecita de llamada del videófono oscilaba rápidamente.

—¡La respuesta! —exclamó Kevin.

Corrió hacia el aparato y lo conectó. María, intrigada, se acercó también.

Un mensaje apareció en la pantalla:

Respuesta al mensaje 51-U-9315:

Aceptada la solicitud de Apelación Máxima.

El solicitante será recibido por el Cuarto Director.

El solicitante deberá seguir, puntualmente las instrucciones que se indican a continuación:

El día 16 de mayo de 2316, a las 11,30 horas, buscará una cabina de transporte individual. Deberá marcar las coordenadas

FB-07-014-E. A su llegada, se le completarán las instrucciones. Se adjunta tarjeta para utilización gratuita de dicha cabina.

Fin del mensaje.

La tarjeta salió por una ranura de la máquina. Alborozado, Kevin la blandió delante de los ojos de María.

—¿Lo ve? Faltan solamente cuatro días para la audiencia. Me lo concederán, podré viajar por el espacio…

Pero María no sonreía.

—Adiós —se despidió, con repentina brusquedad.

Kevin se sintió lleno de perplejidad.

—¿Qué le habrá pasado a esa chica? —se preguntó.

La alegría que sentía por el mensaje recibido le impidió, sin embargo, profundizar demasiado en la extraña reacción de María. Olvidándose momentáneamente de ella, empezó a pensar en el discurso que pensaba largar al Cuarto Director, cuatro días más tarde, a partir de las once y media de la mañana.

* * *

El videófono sonó al día siguiente, a las cuatro de la tarde.

Era María. Su bello rostro apareció en la pantalla, aunque lleno de una extraña seriedad.

—Hola —dijo Kevin—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —contestó ella—. Tome nota de estas coordenadas: AE-10-247-U. Haga el favor de venir lo más pronto que pueda, se lo ruego.

—Iré ahora mismo —prometió el joven, notablemente intrigado por la petición de María.

Por las cifras de las coordenadas calculó el valor del disco que debería emplear para utilizar la máquina. El disco, sin embargo, no tenía otro valor que el meramente necesario para hacer funcionar la cabina de traslación rápida.

Un cuarto de hora más tarde, Kevin se encontraba con María.

La joven le pareció encantadora, ataviada con un sencillo traje blanco, sin mangas y, cosa extraña, con falda, aunque muy corta. María le dirigió una ligera sonrisa.

—Gracias por haber venido, Kevin —dijo.

—No hubiera faltado por nada del mundo —contestó él.

Y entonces se dio cuenta de que estaba frente a un enorme conjunto de edificios, algunos de los cuales alcanzaban centenares de metros de altura.

—¡El Hospital General! —reconoció, asombrado.

—Así es —confirmó María—. Sígame, se lo ruego.

Una acera deslizante les transportó hasta la entrada. En el vasto mostrador de recepción había varios robots.

—Ala Sudoeste, piso noveno, habitación nueve doce —dijo María.

El robot tecleó algo en una máquina y le entregó una tarjeta.

—Autorización para visita de cincuenta minutos —anunció con voz inconfundiblemente mecánica.

—Gracias. ¿Vamos, Kevin?

El joven la siguió hasta uno de los numerosos ascensores que había en el vestíbulo. Se veía bastante gente allí, observó en voz alta.

—Sí, somos muy civilizados, pero todavía hay enfermedades que no han podido ser exterminadas —dijo ella.

El ascensor les condujo a la planta novena. Momentos después, María abría la puerta de la habitación 9-12.

Kevin entró tras ella. En el centro de la estancia, bastante amplia, había un hombre sentado en un cómodo sillón.

—Le presento a mi padre, el doctor Donner —dijo María.

* * *

Los ojos del doctor Donner estaban clavados en un punto indefinido. Ni siquiera se movió ni mucho menos abrió la boca al entrar la pareja en la habitación.

A Kevin le pareció que estaba en presencia de un demente. No obstante, guardó la opinión para sí mismo.

— ¿Qué le sucede, María?

— Está así desde hace casi veinte años —contestó ella.

— ¡Oh! —exclamó Kevin, vivamente sorprendido—. ¿Qué clase de enfermedad padece?

María titubeó un instante.

—No me reconoce ni sabe quién soy yo ni se acordará luego de que hemos estado aquí —dijo al cabo—. Sólo tiene memoria para comer, dormir y hacer, a horas prefijadas de antemano, el suficiente ejercicio para no morir de inactividad.

— ¡Inactividad! —resopló Kevin.

— Sí, porque aunque coma y duerma normalmente, si no se moviera, en veinte años, sus músculos se habrían atrofiado totalmente, lo que le conduciría a la muerte de forma irremisible.

— María, esto es terrible —dijo el joven, consternado—. Yo no sabía que su padre… Pero ¿es que no hay médico capaz de curarle la enfermedad?

— Diga usted mejor que los médicos de este hospital tienen prohibido curarle la enfermedad que padece —contestó ella.

— Pero eso es espantoso. Un médico está para curar las enfermedades, no para provocarlas o prolongarlas indefinidamente…

— Lo cual no sucede en el caso de mi

padre, Kevin.

—¿Era médico?

—No. Ingeniero, como usted, especialista en motores másicos.

—Los conozco bastante bien, aunque no me he especializado en el asunto. ¿Está segura de que su padre no tiene cura?

—Vengo a verlo desde hace años. Jamás he advertido la menor variación en su aspecto, Kevin.

—¿Qué dice su madre al respecto, María?

—Falleció hace once años. Le fue imposible vivir en semejantes condiciones, viendo a su esposo en tal estado y sin poder hacer nada para volverle a la normalidad —explicó la muchacha.

—Terrible, terrible —murmuró Kevin, consternado por el espectáculo que tenía ante sus ojos.

Hubo una corta pausa de silencio.

Luego, Kevin se volvió hacia la muchacha:

—¿Cómo se le declaró esa enfermedad, María? —inquirió.

—Pero ¿es que no lo ha comprendido aún? ¡Mi padre está así porque, como usted, él también quería viajar por el espacio! —estalló la joven en un arranque de violencia

incontenible.

* * *

Ahora estaban en casa de la muchacha. El departamento, debido al cargo de María, era mayor que el de Kevin.

María se paseaba nerviosamente. Kevin se acercó a la dispensadora de alimentos y solicitó dos tazas de café.

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó él, después de entregarle una de las tazas.

—Mi madre sospechó algo. Nunca tuvo la certeza de lo que le había podido pasar a su esposo, pero me comunicó sus recelos antes de morir. Luego, muchos años después, yo hice investigaciones por mi cuenta.

—Y consiguió saber la verdad.

—Sí. Me costó bastante y tuve que actuar con la discreción que es de suponer. Pero al fin di con la verdad de los hechos.

—Es decir, su padre fue sumido en ese estado de un modo plenamente deliberado.

—Exactamente, Kevin.

—¿Sabe también quién lo hizo?

—El ejecutor material fue Awtur Tsol. La orden partió de Radd Vólamy. Lo que ya ignoro es si obraron por iniciativa propia o por

mandato de alguno de los Directores.

— Entiendo. De modo que si hablase con uno de los dos…

— ¡No lo haga! —prohibió ella vivamente—. Kevin, sentiría horriblemente que a usted le sucediese algo parecido. ¿Comprende ahora por qué trataba de disuadirle de su viaje espacial?

— Sí, María. Y, créame, se lo agradezco con toda el alma.

— Pero, a pesar de todo, insiste en su empeño.

— Empieza ya a conocerme. ¿Puede dudar d« mis propósitos?

Ella hizo un gesto de resignación.

— Creo que será inútil que trate de hacerle desistir —dijo.

— Cierto —confirmó Kevin—. Pero, además, pienso llegar al fondo del asunto.

— ¿Qué quiere usted decir? —preguntó María.

— Sencillamente, quiero averiguar por qué están prohibidos los viajes espaciales. O, mejor dicho, a qué obedece algo que estimo no es sino un mero capricho de alguien que hace tabla rasa de las leyes. ¿Me entiende ahora?

Ella asintió. Kevin continuó:

—

Pero antes de hacer nada, llamaré a un buen amigo mío. Es médico de cierta reputación y, créame, de la clase de médicos que curan las enfermedades, no de quienes las prolongan, por muy poderosa que sea la razón de Estado que haya sumido a su padre en el estado en que actualmente se encuentra.

CAPÍTULO VI

El médico amigo de Kevin se llamaba Juan Olart y tenía un par de años más que él. No tardó demasiado en acudir a la llamada del joven, quien le había citado en el propio departamento de María.

Kevin le explicó con todo detalle lo que sucedía. Olart se sorprendió al conocer la noticia,

—No tenía la menor idea de que tales cosas pudieran suceder —dijo.

—Pues suceden, Juan, y lo afirmo con pleno conocimiento de causa —dijo Kevin enfáticamente.

—El doctor Olart no podrá…

Kevin interrumpió a María apenas había iniciado sus palabras llenas de pesimismo.

—Podrá, o me equivoco al juzgarle, ¿no es así, Juan? —exclamó.

Olart hizo un gesto de asentimiento.

—Al doctor Donner le aplicaron la «amnesyne» —diagnosticó sin titubear—. Es una droga que provoca una amnesia dirigida —explicó—. Esto es, se le hace olvidar lo que conviene al que le administra la «amnesyne», pero también, al mismo tiempo, y con objeto de que no perezca por inanición o inmovilidad, se

inculcan en su mente las ideas de comer, beber, dormir, el aseo personal y algo de ejercicio. Naturalmente, si se desea, se puede conseguir que el paciente olvide toda su vida anterior y se tome incapaz de reconocer a los seres más allegados. Incluso olvidará que sabía leer y escribir, cuanto más todo lo concerniente a su profesión.

— Una droga terrible —calificó Kevin —. Pero ¿cómo pueden utilizarla…?

— En determinados casos clínicos, psiquiatría por ejemplo, tiene su aplicación. Pero sólo por tiempo limitado; nunca he conocido un caso que durase, deliberadamente o no, veinte años.

— Estoy por sospechar que a mi padre le hacen aplicaciones periódicas de la droga —intervino María.

— No lo dude usted, señorita Donner —corroboró Olart. Se volvió hacia el joven—. Pero ¿qué puedo hacer yo en este caso?

— ¿Te sientes capaz de hacer que el doctor Donner vuelva a la normalidad?

— Por supuesto. Y en unos minutos,

además — respondió Olart, seguro de sí mismo.

María empezó a llorar. Kevin le dio unas palmaditas en la espalda

— Vamos, vamos, contenga esas lagrimitas… — dijo en tono afectuoso—. Entre mi amigo Juan y yo le traeremos hoy mismo a su padre. ¿No es así, Juan?

— Sólo hay una pega, Kevin —alegó Olart—. Y es muy sencilla de expresar: ¿Cómo sacamos al doctor Donner del hospital?

El joven sonrió.

— Tú encárgate de la «antiamnesyne» o como se llame la droga que va a curar al doctor Donner —dijo—. Como notarán su falta, lo buscarán, por lo que María se encargará de buscarle un escondite apropiado. Y el resto corre de mi cuenta. ¿Entendido?

Los ojos de María brillaban de un modo especial al mirar a Kevin.

— Si lo consigue usted, mi padre y yo tendremos motivos para estarle agradecidos mientras vivamos — declaró.

* * *

A las cuatro de la madrugada, Kevin y Olart entraban en el

Hospital General.

Kevin se dirigió a recepción sin vacilar:

—Ala Sudoeste, planta novena, habitación nueve doce —solicitó.

—Lo siento, señor —dijo el robot que desempeñaba las funciones de conserje nocturno—. A estas horas, las visitas están prohibidas.

Kevin no se inmutó.

—Usted, ¿qué es? —preguntó.

—Un robot, señor —contestó la máquina respetuosamente—. Pero…

—Como tal robot tiene la orden, expresamente grabada en sus circuitos, de obedecer a todos los humanos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—En tal caso, no sólo obedecerá la orden que acabo de darle, sino otra nueva que expresaré a continuación: olvídese de nosotros para siempre apenas nos haya perdido de vista. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Le doy la orden de permitimos el acceso al ala Sudoeste, planta novena, habitación nueve doce —repitió Kevin—. Asimismo le doy la orden de olvidar no sólo nuestra presencia en el hospital, sino cuanto hagamos en él hasta el

momento de marcharnos.

—Sí, señor.

Kevin se volvió hacia Olart.

—Lo he repetido a fin de que quede bien grabado en sus circuitos —explicó.

Olart se rascó la cabeza con aire de perplejidad.

—La verdad, nunca se me hubiera ocurrido a mí una idea semejante —confesó.

—Vivimos en un mundo carente de imaginación —contestó Kevin sonriendo—. ¡Vamos!

Los dos hombres se lanzaron hacia el ascensor más cercano. Momentos después, salían al corredor de la planta novena.

Un robot enfermero se les acercó en el acto.

—¿A dónde van? —preguntó.

—Eres un robot, ¿no? —dijo Kevin.

—Por supuesto, señor.

—En tal caso, quédate aquí quieto y no te muevas para nada. Es la orden de un humano, ¿entendido?

—Sí, señor.

Kevin y Olart continuaron su camino.

—Me pregunto qué habría pasado de tener estos robots grabado un circuito con orden de desobedecer mandatos no reglamentarios y dar la alarma en tal caso —dijo el médico.

—Antes he dicho que vivimos en un mundo sin imaginación. A los que

construyeron los robots no se les ocurrió nunca semejante posibilidad —respondió el joven.

Ya estaban en la puerta 9-12. Kevin abrió.

—Está dormido —dijo.

—A estas horas resulta lógico —murmuró Olart, mientras se acercaba al lecho donde reposaba el doctor Donner.

Kevin había encendido ya la luz.

—Despiértalo, Juan —dijo.

Olart sacudió al durmiente. Donner abrió los ojos, pero no dijo nada.

El médico abrió el maletín que había traído a prevención y extrajo del mismo un tubo algo mayor que un lápiz, con el que arrojó un chorro de gas a la cara de Donner.

—Yo creía que le pondrías una inyección —se sorprendió Kevin.

—Esto actúa de la misma manera, quizá más rápido —contestó Olart.

—La «antiamnesyne», ¿verdad?

Olart sonrió.

—No se llama así, desde luego, aunque sí es un eficaz antídoto contra los efectos de la «amnesyne». Sin embargo, me extraña que hayan preferido tenerle durante veinte años en el hospital, en lugar de matarlo.

—También ellos están condicionados por la idea de que no es posible quitar la vida a una persona de

modo violento —contestó el joven —. Lo que no excluye que en el futuro cambien de opinión. De todas formas, si aquí lo tenían seguro, ¿para qué correr riesgos?

—Sí, tienes razón.

Tras la aplicación del antídoto, Donner había cerrado los ojos. De pronto, los abrió y miró con sorpresa a su alrededor.

—Parece que estoy en un hospital —dijo.

—Está en un hospital, doctor Donner —confirmó Kevin—, pero pronto lo abandonará. Tenga la bondad de vestirse inmediatamente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué están aquí conmigo?

—Doctor Donner, no hay tiempo de explicaciones —dijo el joven—. Sólo le diré una cosa: ha permanecido aquí mucho tiempo, sometido a la acción periódica de la «amnesyne», y nosotros hemos venido a acabar con esta situación. Por favor, dese prisa; el tiempo corre contra nosotros.

Donner echó a un lado las ropas de la cama.

—Me parece despertar de un sueño muy largo… —murmuró.

—Es la frase que mejor define la situación que acaba de cesar para usted —concordó Kevin.

* * *

Los tres hombres llegaron a la planta baja. El robot del piso noveno continuaba inmóvil; Kevin le había dado orden de seguir así una hora más.

El robot de servicio nocturno no formuló la menor objeción al verlos dirigirse hacia la puerta. Estaban ya en el umbral cuando, de repente, Kevin extendió una mano.

—¡Quietos! —dijo a media voz.

—¿Pasa algo? —preguntó Olart, alarmado.

Kevin se mordió los labios. De pronto chasqueó los dedos.

—Ya lo tengo —dijo—. Aguarden aquí un instante.

Regresó al mostrador de recepción y se dirigió al robot:

—Llama a dos de tus compañeros —ordenó—. ¡Ahora mismo!

—Sí, señor.

Kevin agitó una mano.

—Juan, doctor, vengan, por favor —llamó.

Los dos hombres corrieron hacia él.

—Nos han tendido una trampa —dijo Kevin—. Vamos a ver si conseguimos evitarla.

Instantes más tarde, había tres robots frente a ellos. Kevin dio una nueva orden:

—Quítense sus uniformes blancos y cámbienlos por nuestras ropas —dijo.

Los robots obedecieron sin replicar. El cambio se hizo en pocos minutos, aunque Kevin aconsejó a Olart que retirase su tarjeta profesional del traje. Dada su calidad de interno en el hospital, Donner

carecía de ella.

Terminada la operación, Kevin se dirigió a uno de los robots:

— Ahora, ustedes tres se dirigirán a aquella cabina de traslación rápida situada frente al hospital. Usted marcará las coordenadas. EI-03-S-617-9a. ¿Entendido?

— Sí, señor —contestó el robot.

— Eso es todo. ¡Marchen!

Los tres robots salieron del hospital, dirigiéndose rectamente hacia la cabina. Dada la hora, la iluminación era mucho menor, aunque la cabina podía verse perfectamente.

Sin embargo, cualquier espectador habría creído que eran tres seres humanos los que entraban en la cabina. Kevin aguardó, con los nervios en tensión.

De repente, se produjo un chispazo deslumbrante, a la vez que se escuchaba un estampido atronador. La cabina y los cuerpos de los tres robots saltaron en mil pedazos, que fueron despedidos a gran distancia.

— ¡Por la puerta trasera! —exclamó Kevin—. Vamos, aprisa; no podemos perder un segundo.

CAPÍTULO VII

Los ojos de María Donner expresaban una infinita gratitud al estrechar la mano del joven. Sentado un poco más allá, su padre charlaba con el doctor Olart.

—¿Cómo podré agradecerle lo que ha hecho por nosotros? —dijo ella, sumamente conmovida.

—Usted ocupa un alto cargo. Tal vez tenga necesidad de que algún día me preste un favor —sonrió Kevin.

—Si está en mis manos, cuente conmigo. Pero hay una cosa que no me ha explicado todavía.

—Dígame, María.

—Usted receló que había una trampa. ¿Cómo lo adivinó?

—Nos cambiaron la cabina, mientras estábamos arriba. Quizá ni siquiera sospechaban que acabaríamos sacando a su padre del hospital, pero, en todo caso, pretendían acabar con nosotros. Cuando Juan y yo desembarcamos de la cabina, la puerta quedó de tal manera que tuvimos que salir paralelamente a la acera. Luego, desde la entrada del hospital, yo vi algo raro en la cabina.

— No estaba en la misma posición.

— Justamente. La puerta de la cabina apuntaba casi a la entrada del hospital. Por eso sugerí a los robots la idea de cambiarnos de ropajes. El que estuviera vigilando desde lejos, sólo vería a tres personas, no a tres máquinas con forma humana.

— Unos gemelos…

— La luz era más bien escasa y, no lo olvide, el rostro de un robot es enteramente humano. Antes de que el supuesto vigilante se diera cuenta del engaño, la cabina había saltado en mil pedazos con sus ocupantes mecánicos.

— Entiendo —sonrió María—. Y luego escaparon por una de las puertas traseras.

— Claro. También había en las inmediaciones cabinas de traslación rápida; las hay por todas partes. Pero ninguna de ellas estaba manipulada como la que debíamos emplear nosotros.

— ¿Qué colocaron en la cabina? ¿Explosivos?

— Probablemente. O tal vez hicieron un cruce en los circuitos selectores de direcciones… Acaso enviaron una cabina al mismo sitio y en el

instante en que la ocupada iba a moverse. La conjunción de dos cabinas en tales circunstancias, que muy raramente se producen, porque es dificilísimo que coincidan en el mismo espacio, suele resultar desastrosa.

María hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora ya lo comprendo todo —dijo—. Pero a mí me gustaría saber una cosa.

—Diga, María.

—Lo que ha hecho, ¿es totalmente desinteresado?

—No del todo, lo admito plenamente. Pero, aparte de intentar remediar una injusticia, tenía dos poderosas razones para actuar de esta forma. Una: su padre quiere, como yo, viajar por el espacio. Otra: es un gran especialista en motores másicos. De momento, no puedo explicarle más, pero si consigo el permiso, lo sabrá todo, se lo aseguro.

—Veo que insiste en sus pretensiones, Kevin.

—Cierto —corroboró el joven—. Pasado mañana me entrevistaré con el Cuarto Director y, espero, volveré con el permiso para viajar por el espacio.

* * *

Eran las nueve y media de la mañana. Faltaban dos horas para emprender el viaje al lugar donde residían los Directores.

Kevin había desayunado hacía poco. De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. La maciza figura del capitán Tsol se recortó en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó el visitante.

Kevin se apartó.

—Está usted en su casa —dijo.

—Una fórmula anticuada —calificó Tsol desdeñosamente.

—Para según quiénes, no. En fin, dejemos a un lado las cortesías. ¿En qué puedo servirle, capitán?

—Estoy buscando a un hombre, ingeniero.

Kevin movió la mano con amplio ademán.

—Entre, regístrelo todo —dijo—. Aquí no hay más que dos hombres en estos momentos, usted y yo.

—No esperaba encontrarlo en esta casa —manifestó Tsol—. ¿Puede indicarme el lugar donde está escondido el doctor Donner?

—No tengo la menor idea de lo que me dice, capitán —mintió el joven con todo descaro.

—Ingeniero, ¿por qué no nos dejamos de rodeos de una vez?

Usted, ayudado por otro individuo, sacó ilegalmente del Hospital General al doctor Donner, escondiéndolo luego en un lugar cuya situación deseo conocer.

— Aunque así fuera, ¿con qué derecho, capitán?

— Represento a la ley —dijo Tsol altivamente.

— ¿Tiene autorización para interrogarme?

Tsol se mordió los labios.

— Se ha cometido un delito —manifestó—. Mi deber es buscar a los culpables, capturarlos y entregarlos a la justicia, para que reciban el castigo correspondiente.

— ¿Tiene pruebas de que yo haya cometido ese delito?

— Oh, ingeniero, no trate de ser más listo que yo. Ambos conocemos la verdad. ¿Por qué no se sincera de una vez?

— ¿Por qué quieren impedir que viaje por el espacio?

Tsol se encogió de hombros.

— Eso no es cuenta mía —respondió—. Yo sólo obedezco órdenes. Y usted, recuérdelo bien, ha cometido un delito… Mejor dicho, tres. Colaboración en la evasión de un prisionero del Hospital General,

destrucción de una cabina pública, con tres robots en su interior, y órdenes ilegales a esos robots. ¿Se atreve a negarlo, ingeniero?

—Capitán, antes ha mencionado la palabra prisionero.

—Sí, eso he dicho.

—¿Quién acusó, juzgó y sentenció al doctor Donner?

Tsol se quedó cortado.

—Yo… No sé decirle… ¡Pero estaba prisionero! —gritó.

—En tal caso, ¿cómo es que su familia no recibió jamás la menor notificación de su arresto, acusación, juicio y condena? ¿No es eso lo que prescribe la ley?

—Condenado leguleyo —barbotó Tsol—. ¿Qué puede importarle a usted el doctor Donner?

—Dejemos al doctor Donner a un lado. ¿Por qué tratan de impedirme que yo haga un viaje por el espacio?

Tsol apretó los labios.

—No tengo facultades suficientes para darle a usted explicaciones —contestó secamente.

—En tal caso, nuestra entrevista ha terminado, capitán —dijo Kevin.

—Sí, pero no de la forma que usted cree, ingeniero.

Hubo un momento de silencio. Luego, Tsol, solemnemente, anunció:

—Está arrestado, Kevin Krinz.

—¿Por orden de…?

—Del Primer Antedirector de Seguridad.

—Debo ser recibido en audiencia por el Cuarto Director, hoy, a las once y media.

—Al Cuarto Director se le comunicarán los motivos por los cuales no puede acudir usted a esa audiencia. Venga conmigo, señor Krinz.

Kevin sonrió. De repente, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

La sorpresa impidió reaccionar a Tsol, quien se derrumbó como una masa inerte. Kevin empezó a actuar inmediatamente.

Las sábanas de su cama eran de tejido artificial, sumamente ligero en su composición, a fin de que la destrucción tras el uso no resultase demasiado complicada. Kevin calculó que Tsol acabaría por soltarse, pero, entretanto, le daría tiempo más que sobrado para acudir a la cita con el Cuarto Director.

Minutos más tarde, Tsol quedaba sólidamente atado y amordazado. Desde la puerta del departamento, Kevin contempló el resultado de su obra.

—¿Quién dijo una vez algo sobre quemar las naves? —murmuró.

Le parecía que acababa de actuar lo mismo que el autor de la frase.

* * *

La cabina de traslación instantánea se detuvo junto a la pared de una vasta estancia, cuyas paredes estaban forradas con gruesos cortinajes de grueso tejido, de color rojo muy oscuro. El ambiente, además de excesivamente cálido, le pareció a Kevin un tanto siniestro.

Una leve iluminación, que apenas si bastaba para mostrar detalles, se proyectaba desde el techo. Alguien manejó la cabina por control remoto y Kevin la vio desaparecer a sus espaldas.

Una voz brotó de repente de algún altoparlante escondido en alguna parte de la sala.

— Usted es Kevin Krinz.

— Sí, señor —contestó el joven.

— Su número, por favor.

La voz era grave, de tonos mesurados, que no excluían una buena dosis de autoridad.

— OQL-KY-7225-4a.

— Profesión.

— Ingeniero, astrónomo y astronauta.

— Lugar de trabajo.

— No trabajo; estoy en paro voluntario.

— ¿Motivos?

— La palabra voluntario los define claramente.

— Una manera muy inteligente de eludir una respuesta concreta. Siéntese.

— Perdón, ¿dónde?

Un gran sillón, de cómodo diseño, surgió silenciosamente del suelo. Kevin se sentó con aire un tanto indolente.

— Tengo su expediente ante mí, ingeniero Kevin Krinz. Usted

solicitó en primer lugar información sobre viajes espaciales y le fue denegada. En vista de ello, solicitó hablar con un Segundo Antedirector por los mismos motivos. Al recibir idéntica respuesta, se entrevistó con mi Primer Antedirector…

—Creo que no es necesario que siga, señor —interrumpió Kevin a su invisible interlocutor—. Ambos sabemos muy bien los pasos que he tenido que dar hasta llegar aquí. Usted sabe igualmente qué es lo que pretendo. En tal caso, lo único que tiene que hacer es darme su respuesta, señor.

—Habla usted con la insolencia propia de la juventud —dijo el Cuarto Director—. ¿Es que no se da cuenta del lugar en que se halla?

—Señor, admito ser un insolente, pero no un descortés. Usted conoce mi nombre, en tanto que yo ignoro el suyo.

Hubo un momento de silencio. Luego, la voz respondió:

—Llámeme Breor, simplemente.

—Gracias, Breor. ¿Puedo preguntarle ahora cuál es su decisión sobre mi solicitud de viajes espaciales?

—¿Ha explicado siquiera los motivos

que le impulsan a pedir una cosa semejante?

CAPÍTULO VIII

—Tiene usted razón, Breor —admitió Kevin, tras unos instantes de reflexión—. Simplemente, sé que hay mundos habitados y quiero conocerlos.

—¿Tan mal le va en la Tierra, ingeniero?

—Oh, no, en absoluto. Quizá tengo espíritu de aventuras, eso es todo.

—La época de las aventuras ha pasado ya, Kevin.

—Una opinión muy discutible, Breor. ¿Cuántos años tiene usted?

Kevin pareció captar la sorpresa en su interlocutor.

—Muchos —respondió Breor evasivamente—. Pero éste no es un tema de interés en nuestro diálogo.

—Tal vez sí, señor —alegó el joven —. Pasada cierta edad, el espíritu y la sed de aventuras se esfuman.

—Es posible. No obstante, permítame indicarle las ventajas de vivir en este planeta actualmente.

—Las conozco de sobra, señor. Todo está resuelto, desde el nacimiento hasta la muerte. A nadie le falta

comida, ni ropa, ni medicinas y médicos si está enfermo; puede adquirir la cultura que le parezca y asistir a una Universidad o instruirse desde su domicilio; abundan las diversiones, televisadas, por supuesto; es facilísimo viajar a cualquier parte del Globo; no hay que dar explicaciones a nadie de la propia conducta, a menos que se quebrante la ley… No sé qué más ventajas citarle, señor.

— Ha olvidado una muy importante, Krinz… — dijo Breor.

— ¿Señor?

— La tranquilidad. La prácticamente ausencia de delitos. La paz paradisíaca que reina en el planeta. ¿No le parece mucho para cambiarlo por el riesgo de una aventura tal vez catastrófica?

— En tal caso, tomaría todas las precauciones posibles, señor.

— Veo que no desiste de sus propósitos, ingeniero.

— Los mantengo con mayor firmeza que nunca, Breor.

El altavoz emitió un suspiro:

— ¡Se está tan bien en la Tierra!

— Lo admito plenamente, señor; pero debo decirle que ha omitido usted

alguna ventaja, entre todas las que hemos citado ambos.

—¿Cuál, por favor?

Kevin vaciló antes de decidirse.

—Lo siento, pero creo mi deber ser sincero — dijo al cabo—. A ustedes no los conoce nadie, jamás se les ha visto en público; sus súbditos desconocen sus nombres, incluso el lugar donde residen… Ni siquiera uno de ustedes aparece en la televisión en cuando en cuando para enviar un mensaje a los ciudadanos. ¿Por qué ese temor a ser vistos en público?

La luz de la sala se atenuó unos segundos. Luego volvió a encenderse, con mayor potencia que antes.

Delante de Kevin, a diez o doce pasos de distancia, apareció un hombre, sentado en un sillón idéntico. Era un sujeto de edad indefinible, aunque debía de tener muchos años, calculó el joven, a juzgar por su pelo blanco por completo.

Su apariencia era agradable. A Kevin le pareció que el Cuarto Director irradiaba simpatía y humanidad.

—Soy Breor y ya me he hecho visible.

Kevin sonrió.

—Imagino que soy el primer ser humano que contempla a un Director en persona —dijo.

—Ciertamente —admitió Breor—. Pero, por ahora, me resulta imposible explicarle los motivos

por los cuales yo y mis colegas de Directorio no nos hacemos visibles.

—No entraré en sus motivos, señor, ni estoy aquí para averiguarlos… —Kevin se interrumpió bruscamente.

—¿Le sucede algo, Krinz? —preguntó Breor.

El joven sacudió la cabeza.

—No, señor —contestó—. Sólo deseo recibir una respuesta a mi solicitud.

Hubo un momento de silencio.

Breor parecía meditar. Al cabo de un minuto, dijo:

—Lamento tener que darle una respuesta, si no totalmente favorable, tampoco agradable del todo. La decisión sobre su solicitud queda aplazada. Oportunamente se le convocará para una nueva audiencia o bien se le comunicará la decisión adoptada. Y esta vez, sea cual fuere esa decisión, recuérdelo, no habrá apelación de ninguna clase.

—Perfectamente, señor.

—La audiencia ha terminado —decretó Breor—. Dentro de treinta segundos, tendrá a su disposición la cabina de traslación rápida, para que lo devuelva al punto de partida. Adiós, ingeniero.

—Adiós, Breor.

* * *

Sin dejar de pasearse nerviosamente por la sala, Kevin se golpeó la palma de una mano con el puño cerrado.

—No puede ser, no puede tolerarse semejante superchería —dijo excitadamente.

Donner y María le contemplaban con expectación.

—¿Por qué dice eso, muchacho? —preguntó el científico—. Usted ha logrado algo que jamás había conseguido nadie en muchísimos años.

—No se trata de haber podido hablar con Breor, doctor. Lo que me exaspera es la forma en que me ha recibido.

—Lo viste personalmente, Kevin —dijo María.

—¡No! ¡Era una proyección visual!

María y su padre se sorprendieron vivamente al oír aquellas palabras.

—¿Cómo puedes asegurar tal cosa? —exclamó la muchacha.

—Al principio, sí, creí que era el propio Breor en persona quien me hablaba. Pero luego descubrí que no era sino una impostura.

—Explíquese, Kevin —pidió Donner.

—La proyección era casi perfecta;

daba la ilusión de una realidad absoluta., Pero los cuerpos humanos son opacos.

—¿Cómo? —gritó María.

—La luz procede del techo, una batería de lámparas situadas en el eje longitudinal, de pared a pared. Yo estaba a cinco pasos de la pared que tenía a mis espaldas y la distancia de Breor a la suya era análoga. Pero al cabo de unos minutos, habituado a la luz, puede ver las cortinas del muro que tenía frente a mí «a través de su cuerpo».

—¡Oh! —murmuró Donner—. Ya comprendo.

—Pero ¿cómo pudo hacer Breor una cosa semejante? —preguntó María.

—¿Sabemos siquiera si existen los Directores? —exclamó Kevin—. ¿Cuántos años hace que no han sido vistos en público? ¿Cuántas personas han logrado una audiencia personal?

María y su padre intercambiaron una mirada.

—¿Qué sugieres, Kevin? —preguntó la muchacha.

—Simplemente, los Directores no existen.

Hubo un intervalo de silencio. Tanto Donner como su hija trataban de hallar el alcance de las palabras que Kevin acababa de pronunciar.

—Si no existen, ¿por qué se los menciona? —preguntó María al cabo.

—¿A quién le conviene que los Directores sigan «existiendo»?

—Creo que tiene usted razón, muchacho. Hay alguien interesado en mantener la ficción de la existencia de los Directores —dijo Donner.

—Pero no entiendo los motivos…

—María, desconocemos esos motivos, ciertamente —convino Kevin—. Pero hay algo que podemos hacer, que puedo hacer, mejor dicho, y ello me servirá para aclarar la verdad.

—¿De qué se trata, Kevin?

—Entrar en la residencia de los Directores y averiguar concretamente si son personas de carne y hueso o meramente unos fantasmas que sólo existen en la imaginación de unos cuantos desaprensivos, que detentan el poder en su nombre.

Donner meneó la cabeza.

—Lo que pretende hacer es muy arriesgado, Kevin —dijo en tono pesimista.

—Pero lo estimo necesario Quiero viajar por el espacio. Hace

quinientos años, los viajes por el espacio eran frecuentísimos. La Tierra mantenía contactos con otros planetas habitados. Después se cortó todo: viajes espaciales y relaciones con otras gentes de nuestra galaxia. ¿Por qué? Nunca han dado una razón convincente para explicarlo, ¿me comprenden ahora?

—Nosotros sí te comprendemos, Kevin, ¿pero te comprenderán los Directores? ¿O los que gobiernan en su nombre? —preguntó María.

—Entrando en su residencia, conseguiré averiguarlo —dijo él tercamente.

—¿Podrá llegar, muchacho? —inquirió Donner.

—Claro que sí —rió Kevin. Se tocó la frente con el índice y dijo—: Tengo aquí bien grabadas las coordenadas de la sala de audiencias.

María se estremeció.

—Ese viaje me da miedo, Kevin —murmuró.

—A mí no me hace demasiada gracia, pero lo realizaré. —El joven miró a Donner—. Doctor, usted ha pasado veinte añas de amnesia porque también quería viajar por el espacio.

—Es cierto, y no puedo reprocharle que actúe como desea. Sin embargo, me permitirá recomendarle prudencia.

—Eso está descartado, doctor.

—¿Volverás ahora a tu departamento, Kevin? —preguntó María.

—Lo siento. Ya sabes lo que me pasó con Tsol. Ahora soy un fugitivo de la justicia.

—Puedes quedarte aquí —sugirió ella—. Hay sitio de sobra.

—Gracias, María. Ah, a ti te daré un consejo.

—Dime, Kevin.

—Ten cuidado. Saben que tu padre escapó del hospital y que está escondido en alguna parte. Te vigilarán.

—Me lo imagino. Sin embargo, no creo que encuentren el escondite.

Kevin arqueó las cejas. Ella sonrió.

—Ven, por favor —rogó

María se dirigió hacia una terraza próxima, desde la cual se divisaba un panorama esplendente. Una enorme roca se alzaba sobre ellos, a modo de gigantesca marquesina que protegía la casa, construida más de la mitad en el interior de la roca viva. La terraza era un amplio voladizo que daba a un profundísimo precipicio, cuyo final se hallaba situado a varios centenares de metros.

Un río de aguas plateadas corría por el fondo del cañón. El paisaje era de una grandiosidad y un salvajismo realmente

impresionantes.

—Lo construyeron mis padres personalmente, antes y después de casarse —explicó María—. Y, puesto que estás tan impuesto en leyes, debes saber que no hay obligación de declarar la ubicación de una vivienda de recreo, siempre que esté alejada a más de cincuenta kilómetros de un centro urbano.

—Es cierto —convino él—. Y fue una buena idea buscar este refugio. Pero ahora tropiezo con un inconveniente.

—¿Cuál, Kevin?

—No disponemos más que de una cabina para viajar, la tuya.

María rió argentinamente.

—Como Antedirector de Segunda Clase, dispongo de cabina propia —dijo—. Ventajas del cargo, claro. Y puesto que hoy es viernes y hasta el lunes no tengo que acudir a mi despacho…

Los ojos de la joven brillaron de pronto.

— Me da mucho miedo, pero querría ir contigo a la residencia dé los Directores —rogó con vehemencia.

CAPÍTULO IX

El Primer Antedirector de Seguridad, Radd Vólamy juntó ambas manos e hizo crujir sonoramente sus nudillos.

—Capitán, deberá admitir que no ha estado muy afortunado con el asunto que se le encomendó —dijo, con claro tono de reproche.

—Sí, señor, es cierto —convino Tsol con voz neutra—. No obstante, deseo decir en mi descargo que hice cuanto pude.

—No lo dudo. Pero no fue suficiente, capitán. Hay en perspectiva algunas vacantes de Antedirector de segunda clase. Imagino que le gustaría ocupar una de ellas.

—Puede imaginárselo, señor.

—Yo podría proponerle a usted para una de esas vacantes. Los Primeros Antedirectores tenemos ese privilegio. Naturalmente, hemos de presentar un historial completo del postulante y, es lógico, conviene haya una determinada serie de méritos personales. Si éstos no son suficientes, la votación que tiene lugar a continuación puede ser adversa a la persona propuesta por

el cargo.

Tsol asintió. Demasiado conocía el mecanismo de elección de los cargos de cierto rango, pero inferiores en categoría al Primer Antedirector. Y si llevaba a cabo su misión, Vólamy forzaría una votación favorable a sus intereses.

—Necesito hombres leales e inteligentes —siguió Vólamy—. No me defraude usted, capitán.

—Trataré de encontrar al ingeniero Krinz…

—Después de lo que usted me ha explicado, dudo mucho de que vuelva a su departamento. Andará escondido por ahí, tan inhallable como una aguja en un pajar.

—Tiene amistades. Pondré hombres a vigilar a esos amigos, sobre todo, al doctor Olart.

Vólamy hizo un gesto con la mano.

—Deje a Olart por ahora —indicó—. No es más que un pez chico y el que nos interesa es mucho mayor. Mejor dicho, nos interesan dos peces verdaderamente gordos: Krinz y el doctor Donner.

—Sí, señor. Si me lo permite, le diré que es muy probable que la hija del doctor Donner sepa dónde está él.

—Bien, empiezo a comprobar satisfecho que sabe usar su imaginación —dijo Vólamy no sin

un leve retintín irónico—. Vigile a la Antidirectora Donner, así podrá encontrar a su padre.

—Ella dispone de una cabina propia.

—Pero es imposible seguir a una cabina en su movimiento de traslación.

Tsol sonrió.

—Hay un momento en el que se puede conocer el punto de destino de una persona que viaja en cabina de traslación rápida —dijo—. Cuando marca las coordenadas directrices.

—No será desde cerca, por supuesto.

—Claro que no, señor; pero un agente, a cierta distancia y con un par de buenos prismáticos, podrá conocer el dato con toda facilidad.

—Es una excelente idea, capitán. Empiece ya a trabajar y, no lo olvide, su éxito le proporcionará un puesto de Antedirector de Segunda clase.

Tsol asintió. Sí, le gustaba el puesto, aunque tenía ciertas nociones de que, en los últimos años, Vólamy había hecho varias propuestas de protegidos suyos para un cargo análogo al que el prometía, y todas ellas habían sido conseguidas sin apenas dificultades en la votación.

Lo cual, dedujo, era una baza más en su favor.

El videófono zumbó de pronto, a la vez que se encendía una lámpara azulada.

—¡Mensaje de un Director! —exclamó Vólamy sin poder contenerse.

Dada la posición en que se hallaba, Tsol podía leer el mensaje que acababa de aparecer en la pantalla:

Convocatoria de audiencia.
*Del 4.° Director al 1.*er *Antedirector R. Vólamy.*
Día 9, hora 1600.
Coordenadas EE-031-XD-56-4a.
Emita señal acuse recibo.
Fin del mensaje.

—¡Extraordinario, señor! —dijo Tsol—. Le felicito muy sinceramente.

Vólamy emitió una sonrisa de displicencia.

—Sí, de cuando en cuando, algún Director me convoca en audiencia para solicitar informes personales de la situación del planeta —mintió, fingiendo una modestia que estaba muy lejos de sentir.

—Pero creo que esas convocatorias no son muy frecuentes…

—No, no lo son. Por regla general, los Directores emiten instrucciones y reciben nuestros informes a través de los videófonos. Sin embargo —Vólamy sonrió de nuevo—, de cuando en cuando, se producen excepciones a la regla.

—Muy merecidas por cierto, señor —

dijo Tsol aduladoramente.

— Gracias, capitán. Ande, empiece a trabajar; tiene usted entre manos una misión importantísima.

* * *

— Estoy estudiando al solicitante Kevin Krinz —manifestó Breor ante sus compañeros de Directorio.

— ¿Qué opinión le merece ese hombre? —preguntó Yin-I, Séptimo Director.

— ¿He le expresar mi opinión personal o la de un Director? —consultó Breor.

— Ambas, sería conveniente —dijo otro de sus colegas.

— Mi opinión personal es que… me siento terriblemente envidioso de él.

— ¡Horror!.— se escandalizó Patterson, Décimo Director.

— ¿Envidia usted a un vulgar ser corporal? —preguntó, no menos escandalizado, el Segundo Director, Ilya Stoff.

— ¿Por qué no? —dijo Breor, impasible.

— Es un ser perecedero —alegó Yin-I.

— A veces me gustaría serlo —murmuró Breor melancólicamente —. Sí, Krinz es perecedero; pero

vive, anda, se mueve, un día será capaz de amar… tiene ambiciones…

—Nosotros hemos desechado todos esos sentimientos, propios de los seres sujetos a la servidumbre de un cuerpo perecedero —dijo Stoff desdeñosamente.

—¿Además, no concebimos tales sentimientos desde aquí? —preguntó Haarhus, Quinto Director.

—Es difícil de explicar y, repito, se trata solamente de un impresión personal mía —contestó Breor—. Suplico a mis distinguidos colegas no hagan demasiado caso de lo que sólo eran unos comentarios particulares, tal vez demasiados impregnados de melancolía por unos tiempos que se fueron.

—Y que no volverán, afortunadamente —gruñó Yin-I.

—Sí, es cierto —admitió Breor con voz impersonal—. Bien, ya conocen mi opinión privada sobre el ingeniero Krinz. Ahora, supongo, desearán saber qué pienso acerca de su solicitud.

—Esperamos su respuesta, Breor —dijo Patterson.

—Le indiqué debía esperar algún

tiempo, hasta una nueva convocatoria. Todos ustedes saben qué pide Krinz. Francamente, no me atrevo a tomar una decisión por cuenta propia.

—¿Sugiere una votación, colega? —preguntó Grundy, Undécimo Director.

—Exactamente.

El primer Director emitió su voto:

—Denegada la petición de un viaje por el espacio.

Dos votos más, por orden numérico, dieron el mismo resultado.

Impasible, Breor dijo un monosílabo:

—Sí.

Tras él, trece Directores más pronunciaron una misma sílaba, pero de signo enteramente opuesto:

—No.

—Está bien —dijo Breor—. Denegada la petición de Krinz, por dieciséis votos en contra y uno a favor. Se lo comunicaré oportunamente, salvo objeciones.

—Ninguna —manifestó Yin-I.

—Y ahora, si mis distinguidos colegas me lo permiten, les comunicaré que he citado en audiencia, para dentro de dos días, al Primer Antedirector Radd Vólamy.

—¿Al encargado de Seguridad? —se sorprendió Elsa Wander,

Decimocuarta Directora.

—Sí, el mismo.

—¿Por qué?

—Deseo hacer notar a mis distinguidos colegas determinadas circunstancias que he ido observando en el transcurso de los últimos siete u ocho años, aproximadamente. Como todos mis colegas saben, el procedimiento para que una persona ocupe el puesto de Segundo Antedirector es la elección en Junta de Primeros Antedirectores y una votación análoga a la que acabamos de realizar. Hay treinta y un Primeros Antedirectores y cincuenta y dos Segundos Antedirectores.

—Son unas cifras de sobra conocidas por todos nosotros —dijo Elsa Wander, impaciente—. Prosiga, colega, prosiga.

—Bien, en estos últimos años, Vólamy ha propuesto nada menos a diecisiete personas para el cargo de Segundo Antedirector. Ha ganado las votaciones en quince de los casos. Tres de los propuestos, a su vez, se convirtieron más adelante en Primeros Antedirectores. ¿No les dice nada esto a mis distinguidos colegas?

Hubo un momento de expectación entre los congregados. Al cabo, Patterson dijo:

—Parece como si nuestro colega quisiera sugerimos la idea de una conspiración.

—¿Con qué objeto? —murmuró Elsa.

—¿Cuál es el objeto de toda conspiración?

—No, no… eso es imposible —dijo Yin-I—. Vólamy no sería capaz de hacer una cosa semejante…

—¡Tratar de suplantamos! —bufó Grundy.

—¿Y por qué no? —contestó Breor, sin inmutarse—. Vólamy tiene ahora cuarenta y Seis años y las perspectivas de vivir ciento veinte más, como mínimo. Si coloca a sus partidarios en los puestos clave del gobierno…

—Del subgobierno —rectificó la Wander casi con violencia.

—Eso no tiene importancia ahora —dijo Breor—. Gobierno o subgobierno no son más que simples definiciones. Pero si Vólamy se hace con el control de las Antedirecciones de primera y segunda clase, ¿quién nos garantiza un día que no querrá convertirse en Director… único?

Hubo otra pausa de silencio.

Luego, Breor concluyó:

— Eso mismo es lo que yo quiero impedir, caso de que mis sospechas resulten ser ciertas. Y ahora, queridos colegas, dispénsenme, pero estoy cansado y quiero dormir un rato.

CAPÍTULO X

La cabina se detuvo y sus ocupantes salieron al exterior.

—¿Fue aquí donde tuvo lugar la audiencia, Kevin? —preguntó María.

La sala se hallaba a oscuras. Kevin había tenido la precaución de llevar consigo una linterna y la encendió.

El haz de rayos de la lámpara se paseó por los cortinajes rojos.

—Sí, aquí fue —confirmó el joven.

—No hay ningún mueble —dijo María, decepcionada.

—Están bajo el suelo. Por lo menos, el sillón en que yo me senté.

La lámpara iluminó el suelo. Kevin encontró muy pronto unas delgadísimas ranuras en el pavimento.

—¿Hay ventanas en las paredes, Kevin? —preguntó ella, una vez convencida.

—No lo sé. Vamos a verlo.

Un examen de las paredes que había tras las cortinas resultó negativo. Kevin se mordió los labios.

—Ni siquiera sabemos dónde estamos —dijo, desanimado.

—Pero, al menos, habrá una puerta. No he visto jamás una estancia sin una entrada, por lo menos —alegó ella.

Al otro lado de los cortinajes de la pared de enfrente, estaba la

puerta.

Kevin tanteó el pomo. La puerta se abrió.

Delante de ellos apareció una escalera que se hundía en las profundidades de aquel extraño edificio, cuya ubicación desconocían en absoluto. El ambiente, observó Kevin, seguía siendo cálido, agobiante, incluso, en ocasiones.

Al fondo había una pesada puerta de metal. En su lisa y pulida superficie no se veía la menor alteración que indicase una llave u otro medio cualquiera para abrirla.

—Temo que hemos hecho el viaje en balde —dijo María.

—Una puerta siempre se puede abrir, de una forma u otra —contestó Kevin—. Si no tiene llave, ni cerradura, se abrirá por cualquier otro procedimiento.

—El cual, por cierto, desconocemos, Kevin.

—Sí, pero…

Kevin calló un instante. Luego, con una repentina inspiración, exclamó:

—¡Puerta, ábrete!

Y la puerta se abrió.

Sin ruido, simplemente, deslizándose a un lado en completo silencio.

Una enorme habitación, de más de cincuenta metros de largo por treinta de ancho, apareció ante los ojos de los jóvenes. La luz, muy tenue, era de color verdoso. La temperatura era aún mayor que en el exterior.

Pero en nada de ello repararon Kevin y María. Ambos estaban demasiado asombrados por el increíble espectáculo que tenían ante sus ojos.

— No… no puede ser… —dijo María, a punto de desmayarse por el horror que sentía—. Es imposible que… que esas «cosas» nos gobiernen…

Kevin calló por el momento. Algunos hechos que se le habían presentado envueltos en un extraño misterio, empezaban a verse ahora con mayor claridad.

* * *

No había mesas ni sillas ni otra clase de muebles en la estancia. Lo que Kevin y María estaban viendo eran diecisiete columnas cuadradas de vidrio muy transparente, de unos dos metros y medio de altura por uno de lado.

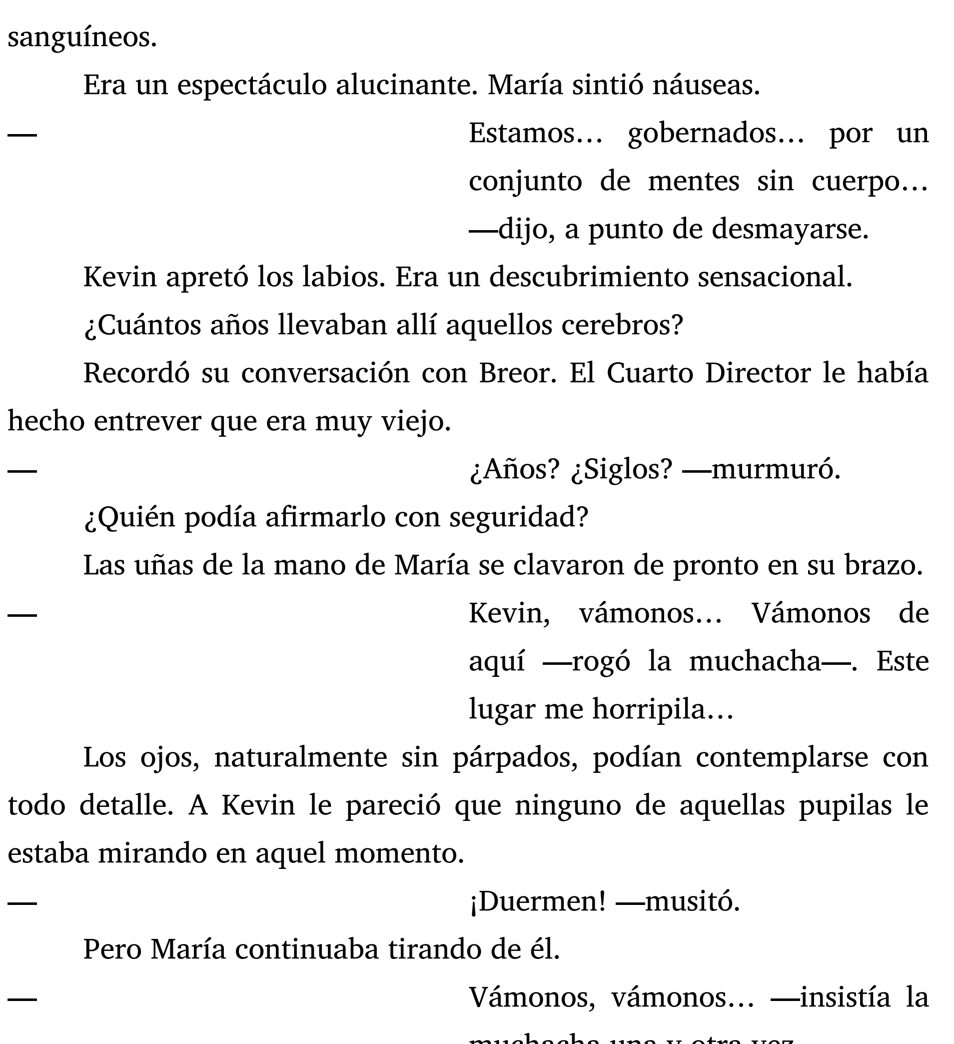
Cada columna estaba dividida en dos partes, separadas por un tabique horizontal, situado a metro y medio del suelo. En la parte inferior se divisaba un conjunto de cables de distintos colores y notable grosor, que terminaban en una gran caja negra justo bajo el tabique horizontal de separación.

Apoyado en el tabique, en parte superior, había una especie de pedestal acojinado, sumergido en lo que parecía un líquido orgánico, de completa transparencia. El pedestal parecía hecho de goma n otra sustancia elástica, elaborada, muy probablemente, con una composición capaz de resistir los efectos de una larga inmersión en el líquido.

Y encima de cada pedestal había un cerebro.

Finísimos cables, que se dirigían a la caja negra, se hundían en algunos puntos de cada cerebro. Kevin supuso que aquellos hilos regulaban la alimentación en sangre y oxígeno de los cerebros, además de las sustancias minerales precisas para evitar su muerte.

Pero esto no era lo más impresionante. Delante de cada cerebro, a pocos centímetros, había un par de ojos flotando en aquel líquido orgánico y unidos a él por los correspondientes nervios ópticos y vasos



sanguíneos.

Era un espectáculo alucinante. María sintió náuseas.

—Estamos… gobernados… por un conjunto de mentes sin cuerpo… —dijo, a punto de desmayarse.

Kevin apretó los labios. Era un descubrimiento sensacional.

¿Cuántos años llevaban allí aquellos cerebros?

Recordó su conversación con Breor. El Cuarto Director le había hecho entrever que era muy viejo.

—¿Años? ¿Siglos? —murmuró.

¿Quién podía afirmarlo con seguridad?

Las uñas de la mano de María se clavaron de pronto en su brazo.

—Kevin, vámonos… Vámonos de aquí —rogó la muchacha—. Este lugar me horripila…

Los ojos, naturalmente sin párpados, podían contemplarse con todo detalle. A Kevin le pareció que ninguno de aquellas pupilas le estaba mirando en aquel momento.

—¡Duermen! —musitó.

Pero María continuaba tirando de él.

—Vámonos, vámonos… —insistía la muchacha una y otra vez.

Kevin acabó por ceder a los deseos de María. En su fuero interno se prometió volver allí en otra ocasión.

—¡Puerta, ciérrate! —ordenó, tras haber repasado nuevamente el acceso a la habitación.

* * *

—Un conjunto de cerebros —dijo Donner, pasmado.

—Así es, doctor —corroboró Kevin—. Estamos gobernados por un conjunto de mentes sin cuerpo.

—En algún tiempo se dijo que éramos gobernados por unos cuerpos sin alma, me refiero, indudablemente, a que los dirigentes políticos eran hombres sin piedad o, en el mejor de los casos, carentes de escrúpulos. Pero ahora nos gobiernan unas mentes inhumanas…

—Dispensa, papá —intervino María—, pero lo que estás diciendo no son más que juegos de palabras. Necesitamos algo más, algo que sea totalmente efectivo.

—¿En qué sentido, hija?

—¿Sería aconsejable la destrucción de esos cerebros? —consultó Kevin.

—¿No son unos seres vivientes e inteligentes, a pesar de todo? —exclamó María.

—Hay muchos aspectos y no sólo morales en este problema —dijo el doctor—. En primer lugar, ¿quiénes eran? ¿Por qué diecisiete personas aceptaron someterse a semejante existencia, dejando aparte los problemas científicos? ¿Qué pretendían con su conversión

en unos seres sin cuerpo, aunque su mente, por la existencia del cerebro, siga funcionando?

—Yo creo que no enfocamos el problema desde un punto de vista correcto. Debemos volver al principio: ¿Por qué no quieren que se realicen los viajes espaciales? —dijo Kevin.

—Es verdad —convino María—. Todavía no han dado una razón plenamente justificada de su negativa.

—Que yo sepa, la solicitud de Kevin está pendiente de decisión —dijo Donner.

—María, en nuestra primera entrevista, tú me negaste permiso para realizar un viaje espacial. ¿Por qué? —preguntó Kevin.

—Fue lo primero que se me indicó al ocupar el cargo —contestó la muchacha—. Y no se me dieron razones que lo justificasen.

—El Primer Antedirector Moyl también me lo negó. Quisieron impedirme las apelaciones… incluso trataron de conquistarme con mejores puestos y hasta con la tentación de una mujer hermosa. ¿Lo prohíben los Primeros Antedirectores o los Directores?

—Es un enigma de difícil aclaración —dijo el doctor—. A mí, en cambio, me gustaría saber cómo se mantienen con vida esos cerebros. Es preciso tener en cuenta que el cerebro, en toda ser humano normal, requiere por sí solo la cuarta parte del riego sanguíneo total del cuerpo, y ellos siempre, siempre de día y de noche. Otros miembros u órganos humanos necesitan menos sangre en determinadas circunstancias, durante el descanso, por ejemplo, pero el cerebro, no; aunque una persona esté durmiendo, su cerebro solicita, y obtiene, valga la frase, un continuo veinticinco por ciento del riego sanguíneo.

—Lo cual no excluye un descanso en la actividad cerebral, mientras esa persona duerme —dijo Kevin.

—Entonces, aquellos cerebros «dormían» cuando nosotros estuvimos allí —exclamó María.

—No cabe la menor duda.

—¿Y cómo se comunican con los Antedirectores? ¿De qué forma envían sus mensajes e instrucciones de gobierno y, a su vez, reciben los informes de las actividades de la gente?

—Temo que será preciso esperar a mi próxima audiencia con Breor —dijo Kevin—. Entonces le formularé todas esas preguntas para las cuales no tenemos respuesta hasta ahora.

El doctor Donner parecía muy pensativo.

—Estar gobernados por unas mentes sin cuerpo no es bueno —murmuró—. Es el gobierna sin fin, sin término visible y, aunque ellos traten de comportarse con moderación, es muy probable que algún día llegue la corrupción del propio poder sin límites, con las consecuencias catastróficas que son de prever.

—¿No ha llegado ya ese momento? —sugirió Kevin—. Prohíben algo que, en otros tiempos, se realizaba corrientemente. ¿Acaso temen algún resultado nocivo de los viajantes espaciales?

—Quizá —admitió María—. Acaso piensen en el bienestar de los terrestres…

—Mucho más probable es que piensen en su propio bienestar —dijo el joven—. Los viajes espaciales sólo beneficios pueden reportar, a pesar de los riesgos que puedan correr los astronautas. Pero

también los corrieron cuantos viajeros y exploradores hubo en el pasado en nuestro propio suelo y sus viajes y exploraciones, lograron inmensos beneficios para el común de las gentes. Ahora podría suceder… pero ellos no quieren.

—Kevin, no des la partida por pérdida todavía —recomendó Donner—. Recuerda que Breor no te ha comunicado aún su decisión final.

—A decir verdad —exclamó Kevin, desalentado—, no espero nada bueno de mi próxima entrevista con Breor.

CAPÍTULO XI

Breor estaba sentado frente a su visitante. Al menos, así lo creía Vólamy.

— Diría que es la primera vez que nos entrevistamos personalmente —habló Breor en tono reposado.

— Es un gran honor para mí, señor —dijo Vólamy—. Y estoy dispuesto a atender la menor de sus indicaciones…

Breor alzó una mano.

— No le he convocado para darle órdenes, sino para hablar con usted —interrumpió al visitante.

— Sí, señor.

— Usted es el encargado de la Seguridad en el planeta.

— Por ahora, el orden público es satisfactorio.

— De lo cual se siente usted orgulloso.

— En efecto, aunque he tenido algún tropiezo….

— Lógico —sonrió Breor—. Los seres humanos no son máquinas.

— No han sido tropiezos graves, señor.

— Indudablemente. Pero hablemos de

usted, Vólamy.

—Estoy a su disposición, señor.

—Usted es Primer Antedirector y forma parte de la Junta que se halla en un estadio inmediatamente inferior al nuestro. Son treinta y un miembro, debido a que se necesita un número impar, para el momento en que sea preciso adoptar una decisión mediante los votos.

—Así es —comentó Vólamy.

—Hay cincuenta y dos Antedirectores de segunda clase, pero en este caso, el número es par, puesto que ellos no tienen voto. Bien es cierto que toman decisiones en sus subdepartamentos, pero tales decisiones están sujetas a crítica e incluso a la anulación por parte de sus superiores.

—Es una composición gubernamental que se debe a ustedes, los Directores —manifestó el visitante.

—Efectivamente, nosotros lo dispusimos así en el pasado, porque nos pareció la mejor forma de gobierno. Pero, en los últimos años hemos notado que ha llamado nuestra atención.

—Sí, señor…

—Usted ha propuesto nada menos

que a diecisiete personas para ocupar el cargo de Segundo Antedirector. De ellas, quince han conseguido la votación favorable y sólo dos fueron rechazadas. Tres de entre esos quince Segundos Antedirectores han ascendido ya. Vólamy, es usted el que más personas ha propuesto para Segundo Antedirector.

Los delgados labios de Vólamy se contrajeron súbitamente.

—Me tomo interés por el gobierno, señor —declaró.

—Quizá demasiado interés, Vólamy. No podemos desposeer a esas personas de sus cargos, porque no han cometido faltas o delitos merecedores de tal sanción. Ocupan sus puestos y en ellos seguirán y ascenderán si llega la ocasión. Pero la Junta de Directores ha tomado una decisión con respecto a usted.

Vólamy contuvo el aliento. ¿Iban a degradarle?, se preguntó con ansiedad.

—Simplemente, y por un plazo que por ahora es indefinido, se le retira la facultad de proponer a más personas para el cargo de Segundo Antedirector. Eso es todo —concluyó Breor.

Las luces se apagaron un instante. Al encenderse, Breor había

desaparecido.

Vólamy contuvo una maldición.

—Han adivinado mis propósitos —se dijo—. Pero no por ello desistiré de seguir adelante.

Se metió en la cabina de transporte rápido. Mientras marcaba las coordenadas de regreso, se prometió volver allí algún día.

—Y con media tonelada de explosivo másico para hacer desaparecer este lugar con todos sus ocupantes.

A su vuelta a su despacho, se encontró con una interesante novedad.

—Hemos descubierto el escondite del doctor Donner, señor —informó el capitán Tsol.

* * *

—Tengo la casi total seguridad de que Vólamy planeaba un golpe de estado —dijo Breor.

—¿Un golpe de Estado? ¿Y para qué? —exclamó Elsa Wander.

—Vaya una pregunta —bufó Yin-I—. Para conseguir el poder, naturalmente.

—¿Hay pruebas? —quiso saber Patterson.

—No de una manera concluyente —respondió Breor—. Sin embargo, y espero que el resto de mis distinguidos colegas apruebe mi

decisión, he retirado por tiempo indefinido a Vólamy el derecho de proponer Segundos Antedirectores.

—Estamos de acuerdo —convino Stoff—. Y si insiste en sus proyectos, lo relevaremos al rango de ciudadano común y corriente.

—Muy bien —dijo Elsa—. Y ahora, si me lo permiten mis distinguidos colegas, solicitaré permiso para comunicar personalmente al ingeniero Krinz la decisión adoptada con respecto a su solicitud de permiso para realizar viajes espaciales.

—No hay inconveniente —aceptó Breor.

—Tengo interés por conocer a ese joven —siguió la Wander—. Sólo lamento que nuestra entrevista haya de tener un carácter negativo.

—Los viajes por el espacio deben continuar prohibidos —refunfuñó Patterson.

—Además, querría hacer a mis distinguidos colegas una observación —dijo Elsa.

—Es… quizá sólo se trate de una ilusión mía, pero casi podría asegurar que el otro día entraron extraños en esta habitación.

—¡Imposible!

—¡Absurdo!

—Nadie puede entrar aquí, colega.

Elsa aguantó impasible las protestas.

—He dicho que acaso sólo se trate de

una mera ilusión y… me gustaría equivocarme, pero temo estar en lo cierto —dijo.

—Sería espantoso —se «estremeció» Yin-I.

—Hemos de mejorar el sistema de vigilancia —propuso Patterson.

—Hasta ahora, hemos creído hallamos en una absoluta seguridad —dijo Breor—. Pero, ¿podemos hacer nosotros mismos lo que el colega Patterson acaba de proponer?

Hubo un momento de silencio.

Alguien se lamentó:

—No tenemos manos, ni brazos, ni cuerpos… Sólo somos unos cerebros, capaces de muchas cosas, excepto de una: facultad de movimiento.

* * *

La cabina de traslación rápida se detuvo en el centro de la estancia. Kevin abandonó el aparato y, apenas había dado unos pasos, se detuvo como herido por un rayo.

Había muebles volcados y algunas vasijas por el suelo. Incluso encontró varias gotas de sangre.

La casa estaba desierta. El espectáculo que encontró dijo a Kevin con toda claridad lo que había sucedido en su ausencia.

—Se han llevado al doctor Donner —exclamó.

Luego pensó que María debía conocer la verdad, por desagradable que fuera. Pero en la casa no había videófono; era un retiro donde las comunicaciones, precisamente para descanso de sus moradores, estaban descartadas.

Por tanto, sólo le quedaba un recurso; ver a María en su propio despacho.

Minutos más tarde, se hallaba ante el edificio donde estaban los Segundos Antedirectores. En la oficina de información de la planta baja solicitó entrevistarse con María Donner.

— Lo sentimos, señor —le dijeron—. La señorita Donner no ha comparecido hoy en su oficina. Envió un mensaje diciendo que se encontraba indispuesta, aunque confiaba en volver de nuevo a su trabajo dentro de un par de días.

Kevin se marchó. Ahora estaba ya seguro de que Tsol y sus satélites habían secuestrado, no sólo al padre, sino también a la hija.

A pesar de todo, quiso cerciorarse de ello y acudió al departamento de María.

Estaba vacío.

Sus sospechas se confirmaron. Por unos momentos, se sintió desalentado, sin saber qué hacer.

Regresó a su departamento. Corría riesgos, pero necesitaba hacerlo. Tenía allí unos objetos personales que debía recoger.

Por fortuna, no había nadie esperándole. Sin embargo, pocos minutos después de su llegada, vio y oyó las señales de llamada del videófono.

Dio contacto. Un mensaje apareció en la pantalla:

> *Convocatoria de audiencia inmediata.*
>
> *De la Decimocuarta Directora, Elsa Wander, al ingeniero Kevin Krinz.*
>
> *Objeto de la audiencias (Inmediata, se insiste en ello)*
>
> *Resolver sobre solicitud de expediente número 51-*

U-9315.

Coordenadas EE-031-XD-56-4a.

Fin del mensaje.

— Unas coordenadas distintas —murmuró Kevin—. Pero tal vez muy próximas a las otras.

Probablemente, se trataba de una medida de precaución, calculó. O quizá surgiría de la cabina en alguna habitación distinta del misterioso edificio donde residían los Directores.

Pero, en todo caso, precaución para evitar una importuna localización de la sede del Gobierno.

La convocatoria era inmediata. Por tanto, debía partir en el acto.

Tendría que dejar para otro rato la búsqueda de María y de su padre. No obstante, casi se imaginaba el lugar en donde podían hallarse.

«Tendré que requerir de nuevo la colaboración de mi amigo Juan Olart», pensó.

Entró en la cabina sin ninguna ilusión.

Presentía la respuesta a su solicitud.

Negativa.

Lo único que le extrañaba era que fuese una «mujer» quien le hubiese convocado a la audiencia.

Quizá había inspirado simpatía a Breor y el Cuarto Director no quería llevarse el disgusto de darle personalmente una respuesta negativa, se dijo, mientras marcaba las coordenadas indicadas en el mensaje.

CAPÍTULO XII

La habitación era distinta.

O, por lo menos, habían cambiado los cortinajes, que ahora eran de un color verde muy suave.

El sillón apareció, como la otra vez. Kevin se sentó.

Momentos después, una hermosa mujer se hizo visible ante sus ojos.

—Soy Elsa Wander —se presentó ella.

—Encantado, señora…

—Elsa simplemente, Kevin.

—Sí, Elsa.

Ella le miró críticamente unos segundos. Kevin apreció su radiante belleza, de pálidos cabellos y cuerpo escultórico, apenas velado por un tejido blanco, de trama muy fina, prácticamente transparente.

—¿Te gusto? —preguntó Elsa, sonriendo de un modo hechicero.

—Eres hermosísima —dijo él.

—Tú eres muy apuesto. Breor tenía razón.

—Gracias, Elsa. Pero creo que no estamos aquí para un intercambio de mutuos elogios.

—Es cierto, Kevin, tengo una mala noticia que darte.

—A decir verdad, nunca esperé una respuesta favorable a mi petición.

—Te sentías pesimista desde el primer momento, ¿no es así?

—¿Por qué prohibís los viajes espaciales?

—Es muy pronto aún para que lo sepas, Kevin. No vuelvas a preguntármelo.

—Según la ley, ¿no tengo derecho a recibir una explicación, cuando solicito algo a un funcionario del gobierno y se me da una negativa?

—Sí…, pero no ahora.

—Está bien, algún día lo sabré. Quizá por mí mismo, Elsa.

—Es posible —admitió ella con indiferencia.

—De todas formas, te agradezco el gesto. Habría bastado con enviarme un mensaje.

—Quería conocerte personalmente, si no te molesta.

—No, en absoluto. ¿Qué te interesa de mí, Elsa?

Ella guardó silencio un instante.

—Eres un hombre —dijo al cabo.

—¿Sólo eso?

Kevin sonrió.

—¿No es bastante?

—Elsa, ¿cuántos siglos hace que no tienes delante de ti a un hombre de carne y hueso? —preguntó súbitamente.

—¡Cállate! —gritó Elsa con inesperada furia.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de dar una respuesta?

—No tengo miedo a nadie…

—Mientes. Sí temes a algo… a alguien… ¡A mí!

Kevin se levantó y se acercó al sillón que ocupaba la mujer.

—¡No te acerques! —gritó Elsa en tono descompuesto—. ¡Quédate dónde estás!

Kevin sonreía.

—¿Temes que te cause daño? —preguntó—. Sólo pretendía abrazarte, besarte… hacer que te sintieras plenamente como una mujer.

—Imposible, imposible —murmuró Elsa con voz sorda.

—Ya lo sabía —dijo Kevin tranquilamente.

El rostro de Elsa expresó una absoluta estupefacción.

—¿Qué dices? —exclamó.

—Mis ojos se habituaron a la penumbra el día en que fui recibido por Breor. La proyección no era perfecta, como no lo es ahora. A través de tu cuerpo puedo entrever las cortinas que hay detrás de ti.

—¡Oh, un descuido imperdonable!

—Además, he estado en la habitación

donde…

¿Cómo definiría vuestro estado, Elsa? ¿Puedes hacerlo tú?

— Yo tenía razón: estuviste en nuestra residencia. Y no venías solo, Kevin.

— Es cierto. Me acompañaba María Donner.

— De modo que ahora ya conocéis la verdad.

— Así es, Elsa.

— ¿Quién más lo sabe?

— Sólo el doctor Donner, aparte de nosotros dos, creo.

— No sé qué decisión tomar contigo, Kevin. Has cometido un delito imperdonable…

— ¿De veras? ¿Puedes calificar de delito imperdonable el que un ciudadano quiera ver la cara de uno de sus gobernantes?

— Eres un hábil argumentista…

— La razón y la verdad son siempre los mejores argumentos.

— Y tú crees estar en posesión de ambas,

— Moderadamente, sí. Nadie está jamás en posesión absoluta de la razón y la verdad. Pero creo que tampoco vosotros la tenéis… por completo.

— Gobernamos con justicia, con equidad; os hemos concedido una

libertad casi absoluta, hemos suprimido las necesidades, la pobreza, las guerras… ¿Qué más puedes pedir?

—Precisamente, lo que me negáis.

—Los viajes espaciales.

—Sí.

—Tu propuesta se sometió a votación. ¿Conoces el resultado?

—Dímelo, Elsa.

—Dieciséis votos en contra por sólo uno favorable.

—El de Breor, supongo.

—Para ti, debe ser una votación secreta.

Kevin se echó a reír.

—Tan secreto como vuestra residencia y vuestra «personalidad» si es que se puede definir de este modo lo que sois —dijo.

—Para nosotros, es el mejor estado. Vivimos y no estamos sujetos a las limitaciones e imperfecciones de un cuerpo humano.

—¿Y no crees que eso mismo que rechazas tiene también sus ventajas?

—¿Qué ventajas, Kevin?

—¿Por qué has querido verme en persona?

Elsa calló.

—No tienes cuerpo, sólo eres una

mente en conserva —dijo él, implacable—. Llevas viviendo tal vez siglos y vivirás otros tantos, pero sólo serás un cerebro que nada en líquido orgánico. La vida del ser humano es corta, pero merece vivirse con un poco de interés. Hay alegrías y contrariedades, y se trabaja, y se ama y se sufre… pero el que ha obrado rectamente, llega al final de su existencia tranquilo, sin temor a la muerte. Ha tenido mente y ha tenido cuerpo, y una armoniosa conjunción de ambos, le ha hecho vivir felizmente. ¿Para qué quiero yo vivir cientos o tal vez miles de años metido en un cajón lleno de agua salina?

—Es posible que tengas razón —convino Elsa con voz sorda—. Pero ya está hecho; no puedo volverme atrás.

—Eso es cierto. Y, créeme, por nada del mundo querría yo hallarme en tu estado. Dime, ¿cuándo decidiste abandonar tu cuerpo, eras tan bella?

Elsa meneó la cabeza.

—Era una mujer madura, agriada y llena de frustraciones —contestó.

—Quizá no supiste encontrar al

hombre que te hiciera feliz. Hubieras envejecido dichosa a su lado…

—Por favor, no sigas —dijo Elsa, angustiada—. Me encuentro bien como estoy. No me atormentes más, te lo suplico.

—Como quieras, Elsa, la decisión de la Junta de Directores, ¿es definitiva?

—Sí.

La respuesta era tajante. Kevin consideró prudente no insistir.

—Espero —dijo—, en que algún día me llamarás para darme una explicación completa de los motivos de la negativa.

—Te lo prometo —accedió Elsa—. La audiencia ha terminado.

La figura de la mujer se esfumó. Kevin quedó solo en la estancia.

Al cabo de unos instantes, entró en la cabina. El aparato desapareció.

Pero reapareció un minuto más tarde. Kevin había decidido regresar para hacer algunas investigaciones por su cuenta.

Apartó las cortinas por varios puntos. Con un martillito que había llevado consigo, tanteó la pared. Al fin creyó encontrar un punto más débil.

Un pequeño taladro que había llevado consigo y que formaba parte del equipo que había recogido en su casa, le sirvió para practicar un orificio, que luego ensanchó gradualmente. El aparato estaba movido por una batería prácticamente inagotable.

Quince minutos más tarde, había abierto en la pared un orificio de forma circular y de unos diez centímetros de diámetro. Miró a

través del agujero y descubrió algo que le llenó de asombro y perplejidad.

* * *

—¿Cómo ha ido la audiencia? —preguntó Breor.

—Perfectamente —contestó Elsa con acento indiferente.

—¿Se llevó un gran disgusto? —quiso saber Yin-I.

—Es fácil imaginárselo, ¿no?

—Pareces decepcionada —«sonrió» Patterson.

—Kevin se lo tomó con mucha calma —dijo Elsa.

—Ya ella le hubiera gustado oírle palabrotas gordas —dijo Grundy «riendo».

—No es cosa de broma —se enfadó la mujer—. Me estoy preguntando a mí misma si no hemos cometido un error al negamos a la solicitud formulada por Kevin.

—Desde el principio, acordamos oponernos a los viajes espaciales —exclamó Yin-I en tono malhumorado—. No veo la razón por la cual hayamos de cambiar de opinión ahora.

—De acuerdo —contestó Elsa—. Tomamos una decisión y, en lo que

a mí respecta, estoy dispuesta a respetarla. Pero, creo recordar, también adoptamos otras decisiones que igualmente deben ser respetadas.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Breor.

— Simplemente, deseo habitar de nuevo en un cuerpo humano.

Un «estremecimiento» de horror sacudió a la asamblea.

— ¿Quieres volver a ser de nuevo un ser corpóreo… y perecedero? —preguntó Patterson, espeluznado ante la perspectiva.

— Sí —confirmó Elsa—. Viviré muchos años menos, indudablemente, pero viviré feliz.

— Para convertirte de nuevo en un ser corpóreo, debes encontrar antes al voluntario que quiera ocupar tu puesto —alegó Grundy.

— No faltarán voluntarios, créeme —aseguró ella—. Mejor dicho, «voluntarias».

Breor «sonrió».

— Te daré un consejo, Elsa —indicó.

— Si, por supuesto.

— Elige un cuerpo joven y bien formado y un rostro atractivo.

— Precisamente, es lo que estaba pensando —contestó Elsa.

Por la noche, mientras los otros «dormían» Breor despertó

suavemente a la mujer.

—Elsa, Elsa…

—¿Breor?

—Sí, el mismo. Quiero hacerte una pregunta.

—Adelante, Breor.

—¿Has averiguado si es cierto que estuvo alguien aquí noches atrás?

—Sí, Kevin Krinz y María Donner.

CAPÍTULO XIII

—María Donner y su padre no nos darán ya ningún cuidado —aseguró Vólamy, muy ufano.

Ada Quex estaba delante y se contemplaba las uñas con gran interés. Tsol la contemplaba con el rabillo del ojo, pero no se atrevía a mostrarse indiscreto.

Ada era la favorita de Vólamy. Era muy hermosa, pero Tsol no estaba dispuesto a arriesgar su futuro por una mujer.

Encontraría otras. Un cargo importante siempre causaba interés entre las mujeres, sobre todo las jóvenes y bellas.

—En tal caso, sólo nos queda el ingeniero Krinz —dijo Tsol.

—Sí, pero, ahora, tampoco es de cuidado. He recibido un informe de la decisión de los Directores.

—Negativa, supongo, señor.

—Exactamente —confirmó Vólamy

con la sonrisa en los labios.

—Entonces, ese hombre ya no es peligroso.

—No, claro. Después de la negativa de los Directores y sin María y el doctor Donner, ¿qué peligro puede representar para nosotros?

—Cometió varios delitos…

Vólamy hizo un gesto magnánimo.

—Se le pueden perdonar…, por ahora. Si algún día volviera a desmandarse, sería cosa de sacar sus fechorías a relucir. Dejémosle en paz —manifestó con benevolencia—; tenemos otras cosas más importantes que hacer.

—Usted dirá, señor.

Vólamy alargó la mano derecha y presionó una tecla de una cajita negra que había sobre la mesa.

—Conviene aislar la habitación de posibles detectores de sonido —dijo—. Capitán, ¿conoce usted el lugar donde está la residencia de los Directores?

—No, señor; no tengo la menor idea…

—Es preciso averiguarlo.

Tsol contuvo el aliento un instante.

—Pero, señor, ¿no es algo que va contra la ley? —exclamó.

Vólamy soltó una risita.

—Yo también empiezo a volverme

leguleyo como ese condenado ingeniero —contestó—. Nunca se ha hecho, pero es porque todos hemos dado por sentado que los Directores no querían que se conociese el lugar donde residen. Simplemente, al no dejarse ver, todos hemos supuesto que conocer el lugar de su residencia estaba prohibido. Pero no existe tal prohibición.

— Entiendo, señor. Resultará difícil, pero lo averiguaré. No obstante, usted tiene unas coordenadas…

— Las cambian para cada audiencia. Podría ir a parar a otra parte. No, me interesa ir sobre seguro.

— Sí, señor. Trataré de averiguarlo lo antes posible.

— Habrá un puesto de Segundo Antedirector para usted, quizá más elevado, capitán —prometió Vólamy tentadoramente.

Fingiendo modestia, Tsol hizo una profunda inclinación.

— Me conformo con el placer y el honor de ejecutar sus órdenes, señor —se despidió.

Vólamy y Ada quedaron a solas.

— ¿Qué te parecen mis proyectos, querida? —preguntó él.

Ada lanzó un profundo suspiro.

— Maravillosos —contestó—. Sólo me gustaría una cosa, Radd.

— Dime, hermosa.

—Se asegura que los Directores viven desde hace cientos de años. ¿Podrás conseguir tú lo mismo… para los dos?

—No lo sé, pero lo intentaré. Lo que sea de mí, será de ti, te lo prometo.

* * *

Ada regresó a su departamento. Después de bañarse, se vistió de la forma más seductora que creyó para recibir al visitante que no tardaría en llegar.

Ella y Vólamy iban a pasar la velada juntos.

—No es que él me guste demasiado —soliloquió la joven—, pero me ofrece unas perspectivas tan maravillosas…

Para entretenerse encendió la televisión. Estaban dando una conferencia sobre un tema científico y fue a cambiar de canal, pero, de repente, captó una frase que llamó notablemente su atención.

El conferenciante era un hombre joven y muy apuesto. Ada se sintió atraída por él en el acto.

Se llamaba Amil Lurr y era doctor en medicina e investigador, según los subtítulos que aparecían periódicamente en la base de la pantalla. El doctor Lurr hablaba de su último descubrimiento científico, que permitiría, esperaba, prolongar la vida durante cientos de años.

—¡Precisamente lo que más deseo! —exclamó Ada sin poder contenerse.

Vólamy la encontró aquella noche un tanto fría y despegada. La joven tenía su imaginación muy lejos de allí… en una vida que podía

durar varios siglos.

Al día siguiente, Ada, en la calle, tuvo un encuentro casual.

Perdone —dijo el hombre—. Iba distraído y no la vi…

Ella le miró fijamente.

— Usted es el doctor Lurr —exclamó.

El joven sonrió.

— Así me llamo, en efecto, señorita…

— Quex, Ada Quex. Escuché anoche su conferencia. Me pareció interesantísima.

— ¿De veras? Es un placer para mí oír un elogio semejante, después del alud de censuras que he recibido.

— ¡No me diga! —se asombró Ada.

— Sí, no hay quien crea en mi método de prolongación de la existencia. Me llamaron por videófono chiflado, embaucador… Usted no tiene la menor idea de la cantidad de insultos que recibí y que otros recibieron para mí.

— Pero eso es absurdo. Usted es un científico de gran reputación.

— Algunos no lo creen así, señorita Quex. Y el caso es que mi procedimiento, según los experimentos realizados hasta el momento, se presenta como infalible.

— ¿Duele?

Lurr se echó a reír.

— Oh, no, en absoluto, señorita Quex

—contestó—. Simplemente, se trata de la aplicación gradual de una droga… Pero me temo que éste no es el lugar más adecuado para charlar del tema.

—Creo que tiene usted razón, doctor —convino Ada—. Oiga, ¿por qué no se viene a mi departamento? Allí podría usted explicarme con toda tranquilidad su procedimiento de prolongación de la existencia. Si no le molesta, naturalmente.

—De ninguna manera, señorita Quex; será un placer, créame.

Ella le dirigió una mirada incendiaria.

—Llámeme Ada, Amil —propuso—. Y, dígame, ¿no necesita usted una voluntaria para experimentar su droga prolongadora de la vida?

Lurr sonrió.

—Hablaremos de eso con más calma dentro de unos minutos —respondió.

El departamento de Ada no estaba lejos. La pareja echó a andar.

En la cabeza de Ada bullían mil proyectos fantásticos, el menor de los cuales no era sólo vivir tres o cuatrocientos años más, y no precisamente con aquel amargado de Vólamy a su lado.

* * *

Ascendía penosamente, pero no por ello pensaba cejar en su esfuerzo. Kevin se acercaba cada vez más al lugar deseado.

Finalmente, tras varias horas de ascensión, llegó a la meta. Sí, allí estaba el orificio que había hecho días antes en la pared rocosa del cañón.

Estaba bien equipado: garfios y arneses para sujetarse y un taladro mayor para practicar un agujero más grande.

Era curioso, se dijo. En línea recta, la residencia de los Directores estaba apenas a mil quinientos metros de la casa de los Donner. Aquel kilómetro y medio era la anchura del desfiladero, a cuatrocientos metros de su fondo.

Mientras el taladro actuaba, Kevin pudo percatarse de que trabajaba en una roca artificial, que imitaba perfectamente a la natural. La prolongación de la pared del desfiladero no se notaba en absoluto.

Por encima de su cabeza había todavía unos cien metros de roca. Parte de la residencia debía de hallarse en el interior de la montaña, lo mismo que la casa de los Donner, con la diferencia de que en ésta no se había cubierto la fachada exterior.

Por último, consiguió abrir un agujero del diámetro suficiente para que su cuerpo pudiera pasar al otro lado. Entró, se sacudió el polvo enérgicamente y buscó sin vacilar la puerta que lo conducía al sótano donde se hallaban los cerebros.

En la mano llevaba un arma que esperaba no usar. Pero lo haría si resultaba necesario: las descargas de la pistola térmica podían fundir una bola de metal de cincuenta kilos de peso en un segundo.

Momentos más tarde daba una orden:

— Puerta, ábrete.

El mamparo de metal se deslizó a un lado. Kevin avanzó unos pasos.

— Breor —llamó.

— ¿Quién me llama? —preguntó el interpelado, a través de un altavoz disimulado en alguna parte.

—Yo, Kevin Krinz.

—¡El ingeniero! —exclamó alguien.

—El mismo. Breor, quiero hablar contigo. Y a solas, o delante de tus colegas —pidió Kevin.

—Habla aquí, no tengo nada que ocultarles —respondió el Cuarto Director—. Pero me asombra que estés con nosotros…

—Debería ser imposible. Cada vez facilitamos unas coordenadas distintas —gruñó Yin-I.

—Pero las primitivas también sirven. Sin embargo, no he venido en una cabina, sino, simplemente, escalando la pared del desfiladero —explicó Kevin—. El otro día, después de mi entrevista con Elsa Wander, hice un agujero en la pared de la sala. Entonces pude ver que el exterior estaba muy cerca.

—Y después localizaste nuestra residencia… —dijo Breor.

—Sí, así fue.

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres decirme? De repente, Kevin se dio cuenta de que una de las columnas estaba vacía.

—Falta un cerebro —observó.

—Sí. Elma Wander se ha «marchado» —admitió Breor.

—¿Cómo? —exclamó el joven, en el

colmo del asombro.

—Tenía derecho a hacerlo y no se lo hemos impedido. Naturalmente, Elsa «repondrá» otro cerebro; es el trato establecido entre nosotros desde tiempo inmemorial.

CAPÍTULO XIV

—Kevin creía soñar.

—Pero así, Elsa se corporeizará en un organismo perecedero…

—Ella lo desea. Tú se lo hiciste desear —respondió Breor.

—Comprendo. Pero ¿no es inmoralidad despojar de su cuerpo a una persona?

—No, si esa persona desea vivir cientos de años, acaso mil o dos mil. Y tenemos noticias de alguien que lo quiere.

—¿Cómo lo sabéis?

—Tenemos comunicación con otros… llamémosles servidores, de toda lealtad, que no son Antedirectores. Uno de ellos se encargará de la operación.

—Esos sirvientes me parecen más bien unos criminales…

—Jamás han hecho nada que sea delictivo, te lo aseguro.

—Está bien, de todas formas, no es ese tema que me ha traído hasta aquí, Breor.

—¿Por qué no hablas de una vez,

Kevin?

—María Donner y su padre han sido secuestrados. Dime dónde están.

—Lo siento. No sabemos nada de ese asunto.

—Me gustaría creerte —rezongó el joven.

—Soy sincero. No tenemos nada contra esa muchacha y su padre. Aunque te parezca extraño, también tenemos nuestras limitaciones y alguien se aprovecha de su cargo para realizar hechos carentes de ética.

Kevin se echó a reír.

—Y para eso se encerraron todos aquí hace cientos de años —dijo con amarga ironía.

—El balance de nuestra actuación puede considerarse como satisfactorio, ¿no te parece? A pesar de todo, no somos infalibles; nuestros cerebros, a fin de cuentas, son humanos.

—Me gustaría saber por qué realizaron semejante idea, es decir, abandonar los cuerpos y quedarse solamente con los cerebros. Es algo que no acabo de entender por completo…

—La Humanidad, es decir, los pocos millones que quedaron en el siglo

XXXIV, iba a caer en la barbarie. Diecisiete personas de alto nivel científico y cultural nos reunimos y elaboramos un plan para construir un mundo mejor.

—Un mundo de hormigas —bufó Kevin, indignado.

—Hay opiniones distintas —contestó Breor tranquilamente—. Creo que, en buena parte, hemos conseguido lo que deseábamos.

—A costa de algunas prohibiciones, como, por ejemplo, la de realizar viajes espaciales.

—En uno de esos viajes espaciales llegó el microbio que exterminó a veinte mil millones de personas. ¿Comprendes ahora los motivos de la prohibición, Kevin Krinz?

* * *

El joven inspiró profundamente.

—¿De veras es ése el único motivo de la prohibición? ¿No será que no queréis que los terrestres viajen a otros mundos y comparen distintos sistemas de vida?

—¡Cierra el pico, deslenguado! —chilló Yin-I.

—Creo que tengo razón —sonrió Kevin—. Vuestro gobierno no es

que sea malo, pero adolece del defecto de no poder ser criticado. No se pueden juzgar vuestros actos de gobierno, no se puede elegir a los dirigentes… Pero incluso considerándolo como un buen sistema, tenemos el derecho de compararlo con otros distintos y entonces juzgar si éste nos conviene o no. Y en cuanto al temor a una nueva hecatombe, los procedimientos de esterilización, imagino, han debido de mejorar muchísimo desde entonces.

—Así, pues, insistes en tu proyecto, a pesar de la negativa que te dimos.

—Nunca desistiré. Pasarán años y seguiré deseando viajar por el espacio. Y un día, lo aseguro, conseguiré ver realizados mis deseos.

—Eres joven, audaz y emprendedor —elogió Breor—. Me inspiras una gran simpatía, créeme.

—Lo cual no resuelve mis conflictos —contestó Kevin amargamente.

—Respecto a María Donner y su padre, con sinceridad, no podemos hacer nada. En cuanto a tu proyectado viaje espacial… quizá reconsideremos nuestra decisión.

—¡Pero si no tiene siquiera

astronave! —barbotó Grundy.

Kevin calló. Había un tema que no quería tocar.

—Una astronave necesita motores másicos… —dijo Patterson.

—Si ustedes me conceden el permiso, lo demás queda de mi cuenta —manifestó Kevin.

—Estudiaremos tu petición nuevamente —insistió Breor.

—Volveré otro día, lo prometo.

—¿Por el mismo camino?

Kevin sonrió.

—No temas, Breor; no revelaré a nadie mi secreto —prometió.

—Comprendo a Elsa —dijo Breor—. Yo también empiezo a sentir envidia de las personas que, aunque no vivan tanto como nosotros, tienen un cuerpo, pueden moverse libremente, amarse, recibir sensaciones que nosotros ya hemos olvidado…

—Es curioso. Me pareció que deberíais de haber creado una nueva especie de sensaciones para vosotros solos —dijo Kevin.

—Son muy distintas a las que tú percibes; no se pueden explicar con simples palabras.

—Yo me aburría enormemente metido en esa caja, Breor.

—Tu perspectiva cambiaría de un

modo radical si eso sucediera. Pero éste es un tema que duraría mucho. Deseo que encuentres a María Donner y a su padre.

—Lo intentaré por todos los medios. Alguien tratará de impedirlo —afirmó Kevin.

Le pareció que Breor sonreía.

—Procuraré ayudarte —dijo—. Puedes irte y, recuerda: sé discreto.

Kevin asintió. Minutos más tarde, iniciaba el descenso por la pared del desfiladero.

* * *

Las pantallas de numerosos videófonos, todos ellos pertenecientes a Antedirectores de las dos clases, se iluminaron para transmitir el siguiente mensaje:

Comunicación de una decisión de la Junta de Directores:

A todos los Antedirectores de primera y segunda clase.

Se les ordena tomar nota de esta comunicación y poner en práctica las disposiciones necesarias para ejecutarla.

Asunto:

Deposición del Primer Antedirector Radd Vólamy .

A partir de ahora se le considera como un ciudadano corriente. La entrada en el edificio de antedirectores le queda prohibida terminantemente.

El Primer Antedirector de Trabajo le proporcionará un empleo adecuado a sus cualidades físicas e intelectuales.

Emitan señal acuse de recibo.

Fin del mensaje.

* * *

La rabia más espantosa se apoderó de Vólamy cuando conoció la noticia de su deposición.

Echaba espumarajos por la boca. Así lo encontró el capitán Tsol, al llegar a su departamento, con una información muy interesante.

—Señor, ¿qué le sucede? —preguntó.

Vólamy pensó que Tsol iba a conocer la noticia al día siguiente o quizás antes. Por tanto, resultaba inútil esconderle la verdad.

—Me han degradado —contestó—. Ahora soy un ciudadano corriente.

Tsol abrió una boca de a palmo.

—Increíble —murmuró.

—Es la pura verdad —bramó Vólamy—. Esos canallas…

—Pero ¿no le han concedido siquiera el derecho a defenderse?

—Pueden nombrar y destituir Antedirectores sin necesidad de explicaciones. Todos aceptamos esta condición junto con el nombramiento.

—Entiendo —dijo Tsol—. Así, pues, ¿no piensa hacer nada, señor?

Los ojos de Vólamy brillaron diabólicamente.

—Claro que pienso seguir adelante con mis planes —contestó—. Y, es más, casi me alegro de que me hayan destituido.

Una estridente carcajada brotó de sus labios.

—Ahora, el que los destituirá a todos

seré yo —añadió.

— ¿Le obedecerán? —preguntó Tsol un tanto ingenuamente.

— No sea tonto —gruñó Vólamy —. Dígame, ¿ha conseguido averiguar dónde está la residencia de los Directores?

Tsol extrajo un papel doblado de uno de sus bolsillos y lo colocó sobre la mesa.

— Aquí está el mapa, señor, con todos los detalles —anunció, lleno de satisfacción.

— ¡Magnífico! Tsol, es usted un hombre ideal. No crea que no me acordaré de usted cuando alguien me nombre Director Único.

Tsol parpadeó.

— ¿Director Único? —repitió.

— Claro, hombre. Los Directores resignarán sus cargos en mí, alegando retirarse por motivos de salud. ¿Qué le parecería ocupar mi puesto, capitán?

— Un cargo estupendo, señor —sonrió Tsol.

Vólamy le palmeó un hombro amistosamente.

— Cuéntelo como suyo —aseguró.

Cogió el mapa, lo desplegó y lo estudió durante unos instantes.

— Ya tengo el dato más interesante —murmuró—. Ahora sólo me falta una cosa .para conseguir mis deseos.

—¿De qué se trata, señor?

—Ya lo sabrá en el momento adecuado. Vuelva mañana por la noche, ¿quiere?

—Con mucho gusto —respondió Tsol.

—Es curioso —dijo Vólamy pensativamente—. Parece como si Ada hubiera presentido lo que me iba a suceder.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Hace días que no tengo noticias de ella. No sé dónde diablos habrá podido meterse… Claro que siempre fue una mujer voluble y ambiciosa, quizá demasiado ambiciosa. Bueno, ella se lo pierde, ¿no le parece, capitán?

Tsol sonrió.

—Se necesita ser tonta para dejarse perder semejante ocasión —contestó aduladoramente.

CAPÍTULO XV

Tsol abrió la puerta de su departamento y encendió la luz. Dio dos pasos y, casi en el acto, un fuerte brazo se enroscó en su cuello, cortándole la respiración.

— Soy el ingeniero Krinz —oyó el sorprendido Tsol junto a su oreja derecha—. Tome nota de una cosa: estoy dispuesto a estrangularle si no contesta a mis preguntas. ¿Me ha entendido?

Tsol forcejeó vivamente, pero le resultó imposible deshacerse de aquella especie de argolla de acero que le ceñía la garganta con presión asfixiante. Kevin estuvo así casi un minuto, hasta que notó que las rodillas de su prisionero empezaban a debilitarse.

Entonces lo soltó y lo lanzó de un violento empellón sobre un diván cercano. Tsol cayó allí, jadeante, con el rostro amoratado y realizando penosos esfuerzos para llevar aire a sus pulmones exhaustos.

Kevin se inclinó sobre él.

— ¿Dónde están María Donner y su padre? —inquirió.

Tsol se frotó el cuello dolorido con una mano.

— No… no lo sé… —contestó dificultosamente.

— ¿Siente deseos de morir, capitán?

— Usted no se atrevería…

— Niéguese a contestar a mis preguntas y le demostraré si me atreveré o no. Y, créame, nada me gustaría más que aplastar con el pie al asqueroso reptil que es

usted.

Tsol se sentía atemorizado, pero, al mismo tiempo, buscaba ganar tiempo para encontrar una salida a la situación en que se hallaba.

— Eso es… es cosa de Vólamy …

— Tsol, no me diga que usted no ha tomado parte en esta repugnante acción. Vamos, empiezo a perder la paciencia; hable de una vez.

— Le aseguro que…

— ¡Levántese! —ordenó Kevin.

Tsol obedeció maquinalmente. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró de espaldas al joven y con el brazo derecho retorcido dolorosamente.

— Puedo romperle los huesos con toda facilidad —dijo Kevin—. Y si no habla después de hacerle trizas este brazo, le romperé el otro… y luego las piernas, y acabaré partiéndole el cuello. Créame, capitán.

Tsol intentó resistirse, pero la presión de la mano de Kevin era insoportablemente dolorosa.

Cedió.

— E… están en la residencia privada de Vólamy … —jadeó.

— Deme las coordenadas —exigió Kevin.

— UI-055-FX-27-9a.

Kevin tenía buena memoria, pero se dijo que luego haría que Tsol le escribiese la cifra en un papel.

— ¿Les han aplicado la «amnesyne»?

—preguntó.

—Sí.

—Me lo suponía. Habrá gente vigilando esa residencia, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Cuántos?

—Cuatro… Robots, pero están condicionados para no permitir el paso a nadie que no sea Vólamy o yo.

Kevin soltó una risita.

—Se ve que han aprendido bien la lección —dijo, a la vez que lanzaba a Tsol nuevamente contra el diván—. Anóteme las coordenadas —le ordenó—

—Vólamy cometió un error al considerarle como hombre no peligroso —refunfuñó Tsol—. Si me hubiera dejado a mí…

—Ya le ha dejado y, ¿qué ha conseguido? —se burló el joven implacablemente—. Vamos, escriba de una vez.

Tsol hizo lo que decían. Luego alargó el trozo de papel a Kevin.

La mano del joven se alargó hacia el papel. Tsol creyó hallarle desprevenido y, agarrando súbitamente su muñeca, tiró hacia sí de su adversario.

Kevin cayó sobre él. Los dos hombres, peleándose salvajemente, rodaron por el suelo.

Pero el duelo sólo podía tener un vencedor.

Kevin logró zafarse del abrazo de su contrincante y se puso en pie. Tsol le imitó, justo a tiempo de colocar su mandíbula en el trayecto de un puño disparado con demoledora potencia.

Tsol salió despedido hacia atrás con indescriptible violencia. Sus hombros chocaron contra el vidrio de una ventana, que saltó al impacto.

Se oyó un horrible alarido. Tsol se precipitó al vacío.

El suelo estaba a veintiocho pisos de distancia.

Kevin meneó la cabeza. Se agachó, recogió la anotación de las coordenadas y murmuró:

—No ha sido agradable, pero tampoco me quedaba otra opción —se dijo.

Y abandonó el departamento, dispuesto a trasladarse al de su amigo Juan Olart, para que le ayudara a devolver su estado normal a María y a su padre.

Kevin se llevó una decepción al llegar a casa de su amigo.

—Ya ves, aún hoy se sufren accidentes domésticos —dijo el médico, enseñándole el tobillo escayolado—. Como todavía no se han suprimido las escaleras…

Kevin hizo una mueca.

—Necesitaba de ti —manifestó—. María y el doctor Donner están de nuevo bajo la acción de la «amnesyne».

—Yo no puedo ir contigo, aunque sí tengo un buen amigo que lo hará con mucho gusto —respondió el inválido accidental.

—¿Quién es, Juan?

—El doctor Amil Lurr.

* * *

El doctor Lurr cerró cuidadosamente la puerta de su laboratorio. A Kevin le pareció ver una forma humana tendida en una mesa semejante a la de un quirófano, pero no reparó demasiado en ello, preocupado por el rescate de los Donner.

—Sí, mi amigo Olart me ha anticipado algo por videófono —contestó Lurr—. Le ayudaré con mucho gusto, amigo Krinz.

—Gracias, doctor.

—Pero en este momento me es absolutamente imposible. Estoy realizando un trabajo de gran importancia y… ¿Puede aguardar siquiera sesenta minutos?

—Si no hay otro remedio…

Lurr sonrió.

—Siéntese y contemple un buen programa de televisión —indicó—. Y si le apetece tomar algo, ahí está la dispensadora de alimentos. Puede que acabe incluso antes de una hora.

El galeno volvió a su laboratorio. Sí, había una persona tendida sobre la mesa, confirmó Kevin con un rápido vistazo.

Debía de ser algún paciente de Lurr, se dijo, despreocupándose del asunto.

El doctor Lurr rebajó su tiempo fijado en casi diez minutos.

—Estoy listo —anunció, con una

amistosa sonrisa, al salir del laboratorio.

—Tiene un paciente, creo —dijo Kevin—. No me gustaría que lo descuidase por mí, doctor.

—Oh, no se preocupe. Su estado es enteramente satisfactorio y puede estar un buen rato sin necesidad de mis atenciones. ¿Vamos?

—Sí. La cabina está en la entrada de la casa.

Minutos más tarde, los dos hombres abandonaban el aparato.

Lurr se sorprendió al verse frente a la fachada de una casa de lujosa apariencia, situado en pleno campo. A ambos lados de la entrada había dos sujetos de rígida apariencia.

—¿Qué diablos hacen ahí esos robots? —preguntó Lurr.

—Simplemente, son centinelas de los prisioneros. Me han dicho que están condicionados en determinada forma y quiero comprobarlo.

Kevin se acercó a la puerta. Uno de los hombres mecánicos alzó su mano derecha:

—¡Alto! ¡No se puede pasar!

—Ya —sonrió Kevin—. Nosotros no somos Vólamy ni Tsol, ¿verdad?

—Ésas son las órdenes que tenemos grabadas en nuestros circuitos —respondió el robot.

—Lo cual significa que desobedeceréis las que yo os dé

respecto a permitirnos el paso.

—En esta casa sólo pueden entrar Radd Vólamy y Awtur Tsol —repitió la máquina con su característica voz impersonal.

—Me parece que estás equivocado, amiguito —dijo Kevin.

Sacó la pistola térmica y abrasó a los robots de sendos disparos.

—Amil, el paso está abierto —dijo Kevin alegremente.

—La puerta…

—Abierta también —exclamó el joven, tras hacerla saltar de un fenomenal puntapié.

Dos robots corrieron hacia la entrada, al captar sus circuitos auditivos el estruendo producido por la «llave» de Kevin. La pistola térmica actuó de nuevo con resultados devastadores.

Kevin empezó a abrir puertas. Momentos después, encontraba a María.

El doctor Donner estaba en una habitación contigua. Lurr empezó a trabajar inmediatamente en ellos.

Había una dispensadora de alimentos y bebidas en la casa. Kevin encontró que tenía incluso dispositivos de suministro de vino y licores.

—¡Qué lujo! —se escandalizó.

Llenó dos copitas. María y su padre necesitarían reconfortarse, pensó acertadamente.

María volvió a la normalidad minutos más tarde. Kevin le hizo beber unos sorbos de coñac.

Luego tomó sus manos y la miró fijamente.

—Creí haberte perdido para siempre —dijo.

Ella sonrió deliciosamente.

—Recuerdo el momento del rapto —declaró—. Fueron unos momentos muy breves; primero nos narcotizaron…, supongo que después nos aplicaron la «amnesyna». Pero tuve tiempo de pensar en ti… Sabía que nos buscarías, a menos que te matasen…

Kevin la atrajo contra su pecho.

—Hubiera estado buscándote toda la vida —replicó.

Donner y Lurr aparecieron momentos más tarde.

—Papá —exclamó María, corriendo a abrazar a su padre—, Kevin nos ha salvado.

—Con la inapreciable ayuda del doctor Lurr —dijo Kevin.

—¡Bah! —exclamó el aludido—. Echar un poco de gas a la cara de dos personas no es cosa que tenga la menor importancia. Pero me alegro de haberles ayudado.

—Se lo agradeceremos siempre, doctor —dijo María.

Donner miró al joven.

—Kevin, creo que es hora de que abandonemos esta casa —propuso.

—Inmediatamente —concordó Kevin. Salieron del edificio. En la puerta, Kevin se volvió hacia la fachada.

—Voy a darle un disgusto a ese viejo

bribón de Vólamy —dijo.

Y disparó su pistola hasta agotar la carga.

El edificio empezó a arder. Kevin y sus compañeros no esperaron, sin embargo, a verlo convertido en cenizas.

CAPÍTULO XVI

Radd Vólamy sí vio los resultados del incendio.

Ya conocía la noticia de la muerte de Tsol. La vista de su casa convertida en un montón de escombros humeantes, le llenó de cólera.

—Kevin Krinz, pagarás bien caro esto que me has hecho —prometió, como si el joven pudiera escucharle.

Pero antes tenía que hacer algo mucho más importante.

El puesto de Director Único le esperaba.

Ada Quex no estaría a su lado, pero tampoco lo lamentaba.

—Ella perderá más que yo —pensó rabiosamente, mientras volvía a la cabina de traslación rápida, dispuesto a marcar las coordenadas que le llevarían a la residencia de los Directores.

* * *

En la sala de los cerebros se oyó de pronto un chillido penetrante.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me han traído aquí?

Breor se echó a reír.

—Es la nueva —dijo.

—Ah, la sustituía de Elsa Wander —murmuró Yin-I.

—¿Era usted muy guapa antes de venir aquí?

—preguntó Grundy.

Los ojos de Ada Quex contemplaban espeluznados el espectáculo que tenían ante sí.

—Yo… estoy soñando… Ahora despertaré…

—Nada de eso, hijita. ¿No era usted la que quería vivir cientos de años? —dijo Breor.

—El que menos tiene cuatrocientos ochenta años, Ada —declaró Patterson.

—Y con probabilidades de vivir otro tanto — agregó Yin-I.

—Por lo menos —dijo Breor socarronamente—. Aquí no se está tan mal como puede imaginarse, Ada.

—Mandar en los demás es dulce —recitó con sonsonete Yin-I.

Breor pensó si los «demás» serían de la misma opinión. A veces daba la razón a Kevin y a sus argumentos.

Y, a fin de cuentas, también se sentía un poco cansado de aquella existencia.

—Aquel hombre me engañó —protestó Ada.

—No le engañó —dijo Breor—. Usted quería vivir cientos de años. Se le han concedido sus deseos, eso es todo.

—Pero no encerrada en un frasco…

—Hombre, alguna desventaja hemos de tener —rió Grundy.

—¿Quién estaba aquí? ¿Dónde está ahora?

—¡Huy, qué preguntas! ¡A ver qué hará ahora Elsa Wander con su nuevo cuerpo! ¿Era usted muy hermosa, Ada?

—Mucho —contestó ella con acento lleno de aflicción—. Todos lo decían…

—A Elsa le habrá gustado el cambio —murmuró Patterson con acento lleno de melancolía.

De pronto, las luces de la sala oscilaron.

—Alguien se acerca —dijo Breor.

Diecisiete pares de ojos se fijaron en la puerta.

Radd Vólamy estaba al otro lado.

* * *

—¿Será éste su escondite? —se preguntó Vólamy , hablando consigo mismo a media voz.

Repentinamente, la puerta se descorrió a un lado.

—Entra —invitó una voz de acentos persuasivos.

Vólamy dio unos cuantos pasos. Con ojos desorbitados por el asombro contempló el fantástico espectáculo que tenía ante sí.

—Bu… busco a… a los Directores…

El paquete que traía en las manos estuvo a punto de caérsele al suelo, pero consiguió retenerlo a tiempo.

—Nosotros somos los Directores —dijo la voz.

—¿Qué? —chilló Vólamy .

—Ya lo has oído. Los diecisiete Directores están delante de ti.

—No puede ser… Sólo son cerebros…

—Sólo somos cerebros desde hace cientos de años. No te lo imaginabas siquiera, ¿verdad?

Vólamy empezó a recobrarse de la enorme sorpresa recibida.

Muchas de las cosas que incluso en su puesto de Primer Antedirector le habían parecido incomprensibles se le hacían ahora completamente diáfanas.

Una estridente carcajada brotó de sus labios.

—¡Cerebros! ¡Sólo son cerebros! —gritó, al borde de la locura.

—¿Qué diablos lleva en ese paquete? —masculló Patterson.

Vólamy pareció recordar en aquel momento lo que tenía en las manos.

Volvió a reír:

—Es la fórmula para sustituir de un solo golpe a diecisiete Directores por un Director único —contestó.

Dejó el paquete en el suelo, levantó una tapa y dio media vuelta a una especie de llave.

—Dentro de sesenta segundos, diecisiete Directores se irán al infierno —anunció.

Giró sobre sus talones y echó a correr hacia la salida.

Pero la puerta se cerraba ya. Desesperado, Vólamy quiso detener

su movimiento deslizante, sujetándola con ambas manos por el borde.

La potencia del mecanismo era muy superior a sus propias fuerzas. De repente, Vólamy lanzó un chillido aterrador.

El borde de la puerta había atrapado sus manos contra la jamba. El dolor era insufrible.

En vano fue que forcejeara para soltarse; estaba sujeto a una trampa de la que no podría ya soltarse.

— ¡Abran, abran! —aulló frenéticamente.

— Creo que vamos a morir —dijo Breor con toda tranquilidad.

— La verdad, empezaba ya a cansarme de esta vida —añadió Grundy.

— ¡Pero yo quiero vivir! —chilló Ada —. ¡Aunque sea en un frasco!

Breor no dijo nada.

Estaba muy ocupado. Sabía que le quedaban pocos segundos de vida.

Y no lo lamentaba. A su modo, había hecho un buen trabajo.

«Es hora ya de que cedamos el puesto a otros», pensó.

Los alaridos de Vólamy eran horripilantes. El miedo a morir le hacía olvidar el dolor de sus manos aplastadas por la puerta.

Ada chillaba también. Los otros permanecían callados.

De repente, se produjo la explosión.

* * *

Kevin, María y el doctor Donner vieron saltar por los aires un buen trozo de la montaña del otro lado del desfiladero.

El joven comprendió inmediatamente que ya no había Directores, aunque no se le alcanzaban los motivos del fenómeno.

Tanto él como María y su padre especularon mucho sobre el particular, sin llegar a una conclusión satisfactoria.

Kevin lo supo aquel mismo día, al regresar a su departamento y encontrarse en la pantalla de su videófono un mensaje grabado, muy sucinto, pero lo suficientemente explícito para comprender lo ocurrido.

Era el último mensaje de Breor.

Días más tarde, Kevin llevó a María a un determinado lugar, fuera de la ciudad. María se quedó enormemente asombrada al ver aquel reluciente aparato.

—¿Lo has construido tú? —dijo.

—Sí —confirmó Kevin, sonriendo.

—Debió de costarte mucho tiempo…

—No tenía prisa. Sabía que un día u otro conseguiría viajar por el espacio. Ahora ya no hay trabas.

El doctor Donner asomó de repente por una de las escotillas de la astronave.

—Hola, muchachos —saludó jovialmente.

—¡Papá! —se sorprendió María.

—Será el ingeniero de vuelo —explicó Kevin—. Entiende mucho de motores másicos y era lo único que me faltaba. Por eso quería que se me concediese el permiso para viajar por el espacio, ya que entonces hubiera conseguido igualmente los motores, únicas piezas que me faltaban para completar la astronave.

—Ahora lo entiendo todo… —sonrió

ella—. Salvo una cosa, Kevin.

—¿Qué es, María?

—Tu casi obsesión por los viajes espaciales. Debe de ser fascinante salir de la Tierra…, pero, en tu caso, hay un motivo más poderoso, creo.

—Sí —concordó el joven—. Existe ese motivo, además de los que ya conoces. Hace miles de años, cuando sólo el mar era el medio de comunicación entre los continentes de la Tierra, alguien pronunció una frase: *Vivere non est necesse. Navigare necesse est.* Es una traducción libre, podría decirse que navegar es más necesario que vivir. Y ahora, nuestros mares son los espacios que hay en la Galaxia, María.

—Recorreremos esos mares espaciales —dijo el doctor Donner, antes de volver a su trabajo.

—Pero no tendremos un hogar fijo —se lamentó la joven.

Kevin se echó a reír.

—No nos iremos hoy, precisamente; pero tampoco estaremos viajando eternamente por el espacio. Conoceremos otros mundos, entablaremos relaciones con gentes de distintos planetas,

aprenderemos cosas nuevas… y acabaremos por regresar a esta vieja Tierra.

Alguien llegó en aquel momento. Eran cuatro personas: Olart, apoyado todavía en un bastón, con su esposa, y el doctor Lurr, con una hermosa rubia, a la que Kevin reconoció en el acto.

—De modo que ésa es tu nave —dijo Olart, tras los primeros saludos.

—Sí, la construí personalmente, cuando me declaré en paro voluntario —contestó el joven—. Y una vez acabada, fue…

—Fue cuando empezó todo el jaleo —rezongó Olart—. Por cierto, se corren rumores de que los treinta y un Primeros Antedirectores, en vista de la muerte de los Directores, están en Junta para estudiar un nuevo sistema de gobierno.

—No me interesa ya nada —dijo Kevin.

—A mí, menos todavía —rió Lurr, a la vez que pasaba el brazo por la cintura de Ada Quex, con un gesto claramente posesivo—. Ada y yo nos vamos a casar muy pronto.

—Así es —confirmó la aludida.

Kevin clavó los ojos en el rostro de Ada. Por lo que recordaba, la voz de Ada era antes un poco más chillona. Ahora sonaba grave, acariciadora, de tonos gratos de escuchar.

Ella le miró también. En sus pupilas, Kevin adivinó la verdad.

El cuerpo era el de Ada Quex, pero la mente pertenecía a Elsa Wander.

Sonrió anchamente:

—Les felicito a los dos —dijo.

—Gracias, ingeniero —contestó Ada-Elsa.

* * *

Aquella noche, en la oscuridad del dormitorio conyugal, María hizo una pregunta a su flamante esposo:

—Kevin, ¿qué pasará ahora con Ada?

—Querida, ¿no crees que eso le corresponde mejor al doctor Lurr, que se va a casar con ella?

—Sí, pero… él sabe que Ada no es Ada, sino corporalmente…

—Lo cual, me parece, tampoco está mal —replicó Kevin, sonriendo.

—Oh, los hombres… —se sulfuró ella —. Sólo os fijáis en lo que se ve externamente…

—Elsa Wander quiso corporeizarse para vivir una existencia mejor. Respecto a Ada, era demasiado ambiciosa; si Vólamy viviese, podría decir algo al respecto.

—¿Cómo lo sabes? Ah, claro, el mensaje de Breor.

—Lurr también me ha dicho algo. Era uno de los pocos agentes secretos de los Directores. Y no

hubiera puesto el cerebro de Elsa en el cuerpo de Ada de no haberse tratado de una acción honesta. Ada quería vivir cientos de años; lo que nadie contaba es que Vólamy se dispusiera a hacer saltar por los aires la residencia de los Directores.

—Sí, ya lo entiendo. ¿Sabes una cosa, querido?

—Dime, María.

—Tengo unas ganas locas de viajar por el espacio. ¿Cuándo partiremos, Kevin?

La ventana estaba abierta. A través de ella se veían las estrellas brillando en la noche clara.

A Kevin le pareció como el brillo de las olas de un infinito mar espacial.

—Pronto, muy pronto —contestó.

FIN